La Casa de
los Principios
Ana González Duque

La Casa de los Principios

Ana González Duque

© *La Casa de los Principios*
© 2021 Ana González Duque
© Imagen de cubierta: Eva de José
Diseño de cubierta: Paola C. Álvarez
Corrección y maquetación: Paola C. Álvarez

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Más información en: www.anagonzalezduque.com

Índice

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
Agradecimientos

Para las chicas de Pancho, que me apuntalaron cuando me derrumbaba.

1

Sara se detuvo frente al portón de la entrada. Su imagen mental de La Casa de los Principios había sido la de la típica postal de vacaciones: una casita antigua y pintoresca, algo dejada de la mano de Dios y enclavada en medio de un bosque. Pero era mucho más que eso. Los muros encalados de la estructura en L brillaban relucientes y un naranjo cargado de frutos alzaba orgulloso sus ramas frente a los postigos de la planta superior. El olor a tierra húmeda y a romero del seto emborrachaban la mañana y el sonido del agua de una pequeña fuente no solo refrescaba, sino que rompía el silencio catedralicio del jardín. Sin embargo, lo más impactante de todo era que, al lado de la fuente, había un hombre sentado como si todo aquello le perteneciera.

Al verlo, Sara experimentó un momento de intensa confusión. La casa estaba abandonada desde la muerte de su abuela. O eso le había dicho su padre.

Aunque puede que ella no hubiera prestado la atención suficiente. Su padre estaba insoportable en los últimos meses. O tal vez fuera Sara la que lo estaba. En la fiesta en la que se había decidido el viaje a la casa de su abuela, Sara no había brillado demasiado. Era la típica fiesta de empresa, a la que su padre, en calidad de gerente, había invitado a unos cuantos *influencers* de pacotilla que ignoraban los *photocalls* con el logo y hacían piña entre ellos para sacarse *selfies* frente a las mesas de copas. Y la labor de Sara era precisamente atenderlos, pero le daba una pereza inmensa.

Su atención se había desviado de los *influencers* cuando Antonio Arriaga, con un traje de chaqueta de marca, hizo su aparición en la sala. Antonio y ella habían sido uña y carne en los primeros años de universidad hasta que Sara se dio cuenta de que él la veía como un trampolín para llegar a su padre. Después de la muerte de Eduardo, Antonio había vuelto a enviarle varios mensajes y Sara se preguntó si el empresario estaría replanteándose su antigua relación. Observó aliviada que, detrás de Antonio, venía una mujer elegantísima e hiperdelgada, mucho más acorde que ella con la imagen que su antiguo amigo quería proyectar y que, además, lo miraba enamoradísima. Se alegró por él. Y por no ser ella la que entrara

detrás de Antonio. Estaba pensando de la que se había librado cuando su padre —alto, serio, autoritario como siempre— la increpó:

—Sara, no estás haciendo nada por ayudar.

—¿Quieres que me ponga a servir copas?

—Ya me entiendes. Tienes que socializar con esta gente. Hoy es viernes.

Sara levantó una ceja. El estrés debía de estar pasando factura a su progenitor. ¿Tenía que socializar porque era viernes? ¿El resto de los días tenía dispensa? ¿A qué venía la última frase?

—No me digas —contestó.

—Lo menciono porque quiero que hagas algo. Un tema familiar.

—¿Familiar?

Por un segundo, la palabra la desconcertó. Desde que su madre se fuera a trabajar a Tanzania hacía ya más de quince años, Sara y su padre habían dejado de ser una familia como tal. Tenía escaso contacto con su madre, un par de *mails* al mes cuando ella pillaba cobertura y algún que otro *skype*. Ni siquiera tenía una dirección porque su madre se movía mucho con Médicos Sin Fronteras y solo venía a casa una vez al año. Esa vez, la relación con su padre era de lo más tenso y Sara se preguntaba por qué no se habían separado aún legalmente.

—Sí, vas a ir a La Casa de los Principios. Quiero que valores en qué estado se encuentra.

—¿La Casa de los Principios? ¿La de la abuela? ¿Por qué?

—Porque llevo pagando impuestos de una casa, que no he visto nunca, desde hace unos años ya y creo que es hora de plantearme qué hacer con ella.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Necesito que hagas fotos, que mires en qué estado se encuentra todo. Soy consciente de que está en un pueblo perdido, muy lejos de cualquier destino turístico, pero tal vez podamos endosársela a alguien y quitárnosla de encima. Ahora está muy de moda eso del turismo rural.

La abuela de Sara había muerto años después de que su madre se marchara y solo la había visto dos o tres veces en su vida. Su padre y ella se habían peleado, aunque desconocía el motivo. Tenía cierto parecido con su hijo, la boca y la nariz orgullosas, los inteligentes ojos marrones, la postura elegante. Pero, mientras el cabello de su padre era oscuro con algunas canas dispersas, el de la abuela era ya blanco y estaba siempre recogido en un moño con un pasador de carey. Llevaba una ropa que en su momento le pareció de lo más alegre, con miles de colores. Y contaba unas historias geniales para que ella las continuara. Era divertida. Sonrió al recordarlo.

—¿De qué te ríes? —gruñó su padre.

—De nada. ¿Dónde consigo las llaves?

—Aquí las tienes. —Le pasó un manojo de llaves pesadas unidas por un cordel—. Puedes pedir un coche prestado de la empresa y salir mañana por la mañana, temprano.

Sara lo miró, horrorizada.

—¿Mañana? Pero mañana es sábado…

—Lo sé —contestó.

Entendió ahora el porqué de su frase de «hoy es viernes». Su padre pretendía que dedicara su preciado tiempo libre a visitar la casa de su abuela. A pesar de tener ya treinta años, seguía tratándola como si fuera una niña.

—Está a unas seis horas de camino —continuó él—, así que, si sales mañana y vuelves el domingo, no perderás días de trabajo. Ahora concéntrate en los *influencers*.

Ella dejó caer los hombros mientras lo veía alejarse lo mismo que a su fin de semana, sin atreverse a replicar. Apretó el manojo de llaves en la mano derecha y, por instinto, su mirada buscó a Antonio y a su pareja. Se sintió inmensamente sola. No podía recordar la última vez que había experimentado aquella complicidad que se les veía a ellos y que mantenía la sonrisa en sus rostros. No podía decirle al mundo que era incapaz de volver a la normalidad. Que la normalidad era ahora un lugar distinto porque ella ya no era la misma. Los días iban pasando, ensartándose unos a otros como cuentas en un collar interminable, pero no remontaba cabeza desde la muerte de Eduardo. Y su padre —visto el mandato que la privaba de sus días libres— estaba empezando a perder la paciencia. Con su encargo, le daba a entender que ya tenía que estar recuperándose. Pero no era así. Y su aburridísimo trabajo llevando el *marketing* de contenidos de la empresa no ayudaba.

La actitud negativa atrae cosas negativas. Eso decía su psicóloga, así que a Sara no le extrañó nada que empezara a diluviar a cántaros cuando salió de casa al día siguiente por la mañana. Tampoco se sorprendió cuando la camarera del bar de carretera donde paró a desayunar le tiró encima el café.

—Tengo una actitud negativa ante la vida —le aseguró, resignada, mientras la otra se disculpaba y se alejaba de aquella clienta que parecía no estar del todo en sus cabales.

Según la localización que su padre le había dado, el camino de La Casa de los Principios comenzaba a la derecha de la carretera antes de entrar en el pueblo. Era —cómo no— un camino sin pavimentar, desprovisto de cualquier signo de haber sido hollado por el hombre y privado de sol por los árboles que lo acordonaban. Entrar allí era un

verdadero acto de fe. Pero, aun a riesgo de seguir atrayendo la mala suerte, Sara decidió que de perdidos al río y empezó a zigzaguear para eludir los baches que convertían el sendero en un campo de minas para el coche. Hasta que uno de esos baches fue demasiado.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta cuando la rueda delantera explotó. Salió para evaluar los daños y volvió a exclamar «¡mierda!». El neumático delantero derecho estaba deshinchado y hundido en el barro. Afortunadamente, había dejado de llover, pero no tenía ni idea de cómo se cambiaba la rueda de un coche. Era una de las cosas de las que Eduardo siempre se había hecho cargo. Como cada vez que pensaba en su marido muerto, notó el sabor de las lágrimas en la garganta. Los recuerdos aparecían y desaparecían como dardos, era imposible protegerse de ellos. La mayor parte del tiempo conseguía esquivarlos, pero cuando la asaltaban, el mundo se pintaba en blanco y negro, dejando solo rojo el delgado filamento de la rabia. Respiró profundo para controlarse y decidió llamar al seguro, pero al sacar el teléfono se dio cuenta de que se encontraba en una zona sin cobertura. Cosas negativas atraídas por ideas negativas.

Podía hacer dos cosas: seguir caminando hacia la casa, descansar, comer lo que llevaba e intentar buscar cobertura desde allí, o volver también a pie hacia el pueblo e intentar que alguien la ayudara. Pero era sábado, mediodía. Cualquier taller estaría cerrado. El sentido común, no obstante, le decía que fuera al pueblo.

Así que se decidió por la casa.

Sacó su bolsa del coche y empezó a caminar por el sendero, que serpenteaba por un bosque enmoquetado de helechos, preguntándose qué más cosas negativas la aguardaban. Tal vez por eso, no le extrañó que la casa, supuestamente vacía, tuviera okupas.

Una voz la bajó a la tierra:

—Buenas tardes.

—Buenas tardes —respondió. Y se quedó callada, sin saber qué añadir. «¿Y ahora qué hago?». Se sentía rara, casi traumatizada, como si hubiese sido víctima de un asalto, pero el hombre no parecía peligroso. Tenía el pelo oscuro y rizado y unos ojos que se arrugaban por la risa. Como alguien retratado por un pintor. Tal vez Rubens.

—¡Amelia! —El retrato de Rubens gritó hacia la casa sin moverse del lado de la fuente—. ¡Amelia!

Desde las entrañas de la vivienda, llegó una respuesta amortiguada.

—Vendrá enseguida. —Se levantó al fin, acercándose a ella—. Soy Tomás.

Sara tartamudeó:

—Yo soy Sara… —Se llamaba Sara Flavín, pero Flavín no era un apellido muy corriente, era posible que aquel hombre supiera que

estaba relacionado con su abuela—. Sara.

—¿Has venido por el anuncio?

La puerta de la casa se abrió y una mujer y una niña salieron al patio. Sara calculó que la mujer tendría unos sesenta años. Rostro terso, ojos azules, pelo castaño recogido en una descuidada trenza y ni gota de maquillaje. Un delantal sobre un vestido de flores. Manoplas de horno en las manos. A pesar de estar muy delgada, era bonita. Y su boca parecía dada a sonreír, aunque en aquel momento no lo hiciera. Definitivamente, La Casa de los Principios estaba habitada.

—¿Qué pasa? —preguntó la mujer.

Se interrumpió cuando vio a Sara parada en el camino. Permaneció inmóvil unos segundos, con una postura que recordaba a un signo de interrogación, y le espetó:

—No creo que sirvas.

—¿Que sirva para qué? —preguntó Sara con interés. Aquello parecía una película de los hermanos Marx.

Tomás se rio.

—No sabe de qué estamos hablando, Amelia. Me parece que no viene por el anuncio.

—Pues la verdad es que no —admitió Sara, sonriendo—. Disculpen las molestias, mi coche ha pinchado en el camino.

—¿Coche? —Amelia torció el gesto—. ¿Por qué venías hacia aquí? Nadie viene a La Casa de los Principios, salvo el cartero.

—Vaya —contestó Sara con una ironía que esperaba que no comprendieran—, siento estar invadiéndoles.

—Amelia —la vocecita de la niña interrumpió la conversación—, ¿se puede quedar a comer? Me gusta. Hoy hay pescado de sobra.

Tenía una cara pequeña y ovalada. El sol le había decolorado el cabello castaño hasta darle un tono dorado pálido.

—Sara, esta es Irene —presentó Tomás—. Irene, saluda a Sara.

—Hola. —La niña hizo un gesto con la cabeza.

—No tenemos teléfono para llamar a la grúa —siguió diciendo Amelia.

Hecho que visto su itinerario de eventos negativos no sorprendió a Sara en absoluto.

—Tal vez podría echarle un vistazo a la rueda —comentó Tomás—, pero será mejor que te quedes a comer y lo veamos después.

—Se lo agradezco mucho…

—Bien —asintió Amelia, resignada—, pondré otro cubierto. Comemos en media hora.

Y desapareció, seguida por Irene, como el pájaro de un reloj de cuco, en la oscuridad de la casa.

Sara siguió al hombre al interior. La Casa de los Principios parecía construida hacía al menos dos siglos. No recordaba si su abuela la

había heredado o la había comprado, pero el nombre sí que había sido idea suya. Su explicación cuando Sara de niña le había preguntado por él había sido muy críptica: «Todo final es un principio».

El suelo y los techos del vestíbulo eran de madera de tea y a él se abrían puertas a derecha e izquierda. En este lado, se veía una sala de la que partía una escalera de peldaños anchos y cortos que probablemente subiría a los dormitorios. Al frente, una arcada poco profunda daba paso a la cocina.

—Ven, esperemos aquí. —Tomás la acompañó a la sala—. Cuidado con esa tabla, que está un poco suelta.

La luz de las ventanas se filtraba a través de cortinas de encaje que colgaban como telarañas raídas sobre el cristal, dejando en semioscuridad el salón y el comedor.

—¿De qué va lo del anuncio? —Sara se acomodó en un sofá que la envolvió amoroso.

Tomás volvió a reírse.

—Amelia ha puesto un anuncio para pedir una niñera.

—Ah, ya veo. ¿Para Irene?

—En realidad es para mí.

—¿Para ti? —No pudo esconder el asombro.

Él se rascó la cabeza, algo ruborizado.

—Como ves, vivimos bastante aislados. Amelia ya tiene sus años, está delicada de salud y… hace tiempo que yo decidí que no quería trabajar en otro sitio. También hay algo de… ¿cómo decirlo?, incertidumbre acerca de nuestro futuro.

A Sara esto último no le extrañó.

—Así que quiere que me case.

—Pero… ¿por qué?

Tomás asintió serenamente.

—Supongo que piensa que ella ya es mayor, que no le queda mucho tiempo, no confía demasiado en mí y cree que así no nos deja solos en el mundo. Es una idea infantil. De hecho, fue idea de Irene. Ella también quiere una madre.

—¿Irene es tu hija?

—No, no, nunca he tenido hijos. Irene es huérfana, como yo.

—O sea… —Sara se pasó la lengua por el labio inferior—, quieres decir que estáis pidiendo una niñera, pero Amelia las valora como posibles esposas.

—Sí, es bastante exigente, además.

Sara sacudió la cabeza, incrédula.

—Es de locos. Sabes que eso no funcionará, ¿verdad?

Él sonrió con picardía.

—Lo sé, pero así deja de darme la lata con que busque yo mismo una esposa. Nuestras finanzas son muy reducidas, así que tampoco voy

a dejar que contrate a nadie. Y no necesito a ninguna mujer a mi lado para valerme por mí mismo. Pero…

Se encogió de hombros.

—A comer. —La voz de Amelia los interrumpió y los dos la obedecieron. La cocina era una estancia amplia y anticuada, con paredes de yeso y techos algo bajos, pero a Sara le pareció maravillosa. Una mesa de madera de pino la dominaba. De las paredes, cubiertas por azulejos blancos, colgaba una cantidad nada desdeñable de utensilios de cocina. Dedujo que no era la cocina original de la casa. Era imposible que dos siglos antes se hubiera diseñado una habitación tan luminosa y agradable para cocinar. Por las ventanas abiertas, el olor de la flor de azahar del naranjo se mezclaba con el del guiso de pescado, que elevaba nubes de vapor desde una cacerola. A pesar de que la cocina tenía vitrocerámica, la cacerola humeaba en un hornillo de gas. Era posible que la casa no tuviera luz ni agua o su padre se habría dado cuenta. No pudo evitar irritarlos un poco.

—¿Se os ha ido la luz?

—Oh, no —contestó Amelia con tono cálido—. Es solo que no tenemos.

—Desde que murió la Señora de los Principios —intervino Irene.

—¿La Señora de los Principios? —Los sentidos de Sara se pusieron en alerta.

—Somos sus huéspedes —explicó la niña—. Pero ahora está en el cielo.

—¿Murió?

—Hace ya dos años.

La Señora de los Principios debía de ser su abuela María. Desde luego le pegaba llamarse así.

—Comamos —interrumpió Tomás—. Las cazuelas de pescado de Amelia son deliciosas, ya verás.

A la luz de la tarde su rostro parecía esculpido en piedra. ¿De dónde habría salido aquel hombre tan guapo?

Irene, ya sentada a la mesa y armada con una cuchara, levantó la cabeza el tiempo suficiente para decirle a Sara:

—Esta lleva romero. ¿Te gusta el romero? Amelia cultiva hierbas aromáticas.

La aludida asintió.

—Cultivo albahaca, menta, hierba luisa, salvia, perejil, cilantro y caña de limón. Y, por supuesto, romero.

—«Traigo romero para los recuerdos» —citó la voz grave de Tomás.

Irene le dirigió una mirada aprensiva y se aclaró la garganta.

—Hamlet —dijo.

—Lo bueno de no tener electricidad —aclaró Amelia— es que

leemos mucho.

—Amelia trabajó como bibliotecaria muchos años —explicó Tomás.

Sara hizo un gesto de aprecio con la cabeza.

—«Los libros han ganado más batallas que las armas» —se rio la mujer—. Esta es de Leonardo de Argensola, Irene.

—Quiero ser una Señora de los Principios —le anunció la niña a Sara.

—¿Como la antigua dueña?

Sara se sentía como si estuviera sentada en la mesa del no cumpleaños del Sombrerero Loco. Tomó una cucharada de caldo. Muy sabroso: cebolla roja y tomate, guisados con hierbas y ajo; el pescado, desmigajado con cariño.

—Sí, la que pone nombre a todo, la que inventa historias.

—¿Una escritora?

—Ella no escribía, solo inventaba historias para que nosotros las termináramos. Decía que era sempiterno.

—Sempiterno. Es una palabra muy bonita.

—Significa que durará para siempre. Un principio sin final dura eternamente.

—En eso tienes razón.

Sí, la Señora de los Principios era su abuela. Pero… ¿qué relación tenía con aquella gente? Si había vivido con ellos, ¿por qué su padre no sabía nada?

Irene levantó la cuchara:

—Si no has venido por el anuncio, ¿en qué trabajas, Sara?

—Trabajo para una empresa, llevando sus redes y su blog.

«Por cortesía de mi padre, que es su gerente —pensó—. Y porque llevo un año y medio bloqueada y no puedo escribir ficción».

—¿Y te gusta?

—No, la verdad es que no.

Irene sofocó una risa.

—¿Y por qué no te cambias? —preguntó.

Sara abrió la boca para contestar y se asombró de no encontrar una respuesta coherente. ¿Por qué no se iba de la empresa si no le gustaba el trabajo? Porque no quería decepcionar a su padre, porque le daba miedo no encontrar otro, porque no se atrevía a ser feliz, porque se había limitado a dejarse llevar… Todo lo que Irene decía parecía tener una lógica curiosa pero indiscutible. Así que cerró la boca.

—¿Te apetece algo de fruta, Sara? —le preguntó Tomás, adivinando su incomodidad.

Puso delante de ella una fuente de naranjas aromáticas y Sara peló una. Inmediatamente, el olor denso y ácido del cítrico invadió la cocina.

—¿Sabes que nuestra nariz puede distinguir un billón de olores? —La vocecita de Irene condensó en aquella frase lo que estaba sintiendo —. Odorífero también es una palabra bonita.

Iba a tener que consultar el diccionario para hablar con Irene.

—La he leído en el *Times* —prosiguió la niña.

—¿En el *Times*? —Sara no salía de su asombro.

—Nuestra vecina tiene internet y me deja usarlo.

—No he visto vecinos cerca.

—Sí, hay una casa en el bosque, un poco más allá —aclaró Amelia —. No estamos tan aislados como parece. Tal vez viniste a verla a ella.

La pregunta estaba implícita en la frase. ¿Qué hacía Sara en el camino a La Casa de los Principios?

—No…, yo… —titubeó antes de contestar—. Me perdí.

Tomás se levantó.

—Si has terminado, es hora de acercarnos a ver qué pasa con tu coche. Cogeré mis herramientas.

Ella suspiró. No tenía ganas de moverse. A pesar de lo loca que era la conversación, aunque sabía que aquella gente no debería estar en la casa de su abuela, estaba a gusto por primera vez desde hacía mucho tiempo.

—Sí, será mejor que vayamos.

Sintiéndose algo culpable por no haber dicho la verdad, siguió a Tomás a la luz del sol. Aquellas personas la habían acogido sin dudarlo y ella iba a tener que echarlos. Su padre no permitiría que siguieran viviendo allí. La sensación de calma que la comida le había proporcionado empezó a esfumarse.

2

El sol —más ardiente tras la lluvia de la mañana— le calentó la espalda mientras caminaba detrás de Tomás hacia el coche a través del bosque. El único sonido que los acompañaba era el crujido de la tierra bajo sus pies y los jadeos silenciosos de Sara. «Estoy en baja forma», pensó. Tomás, en cambio, andaba relajado, con los hombros anchos y las manos, grandes y cuadradas de alguien acostumbrado al trabajo duro, moviéndose al unísono de su paso. A Sara siempre le habían gustado las manos grandes. Hizo lo que pudo por no mirarlo fijamente, aunque un tipo así no podía pasearse por el mundo y pretender no llamar la atención. Amelia iba a encontrar «niñera» enseguida.

En cambio, ella necesitaba quitarse de encima la supervisión constante de su padre. A veces, pensaba que se había casado con Eduardo por eso. Por salir de casa, por escapar de un padre controlador hasta el extremo, pero incapaz de darle el cariño que necesitaba. Las citas siempre se le habían dado fatal, era demasiado tímida y la aterrorizaba la sensación de vulnerabilidad que la asaltaba cuando se sentía atraída por alguien. Pero con Eduardo no había podido evitarlo, todo había fluido de forma natural y que él respondiera la había hecho sentir una diosa entre las mujeres. Sin embargo, un día, todas esas ilusiones habían saltado por los aires y Sara había vuelto a ser más vulnerable que nunca.

—Este camino es mortal —aclaró Tomás, volviendo hacia ella su atractivo rostro.

—¿Eh? —Se obligó a prestar atención.

—Los baches son tan grandes que podríamos jugar al escondite en ellos.

Sara rio. En un recodo, divisaron el automóvil.

—Aquí está.

El coche se había escorado aún más de lo que recordaba. Tomás se agachó al lado de la rueda.

—Uf —resopló.

Abrió el capó e inspeccionó los bajos mientras Sara se sentaba a observarlo en una roca. Intentó aparcar sus inquietantes

pensamientos. ¿Qué iba a hacer si el coche no podía arreglarse?

—Tengo malas noticias —dijo él al fin con el ceño fruncido—. Me temo que no solo es la rueda pinchada. Tienes un agujero en el silenciador y has perdido parte del tubo de escape. Vamos a tener que llevarlo a un taller. Pero no hay ninguno que abra hasta el lunes por esta zona. ¿Dónde te estás quedando?

Sara dudó antes de responder. En el maletero, llevaba un saco de dormir y productos de limpieza. Su intención había sido adecentar una de las habitaciones de la casa y quedarse allí mismo, pero no podía autoinvitarse ahora.

—Eh… esto… no tengo nada fijado. Solo iba de excursión y pensaba buscar algo más tarde.

Tomás se rascó la cabeza.

—Puedo acercarte el lunes al pueblo más cercano en el *jeep*, si quieres quedarte con nosotros. Está a una hora de camino de aquí. Antes, cuando María vivía, teníamos huéspedes de pago de vez en cuando, pero ahora… Bueno, ya lo has visto, no hay luz ni agua corriente ni internet. Nos bañamos con el agua del pozo. Si no te importa —pareció confundido un momento—, te puedes quedar. También puedo acercarte ahora, si quieres. Pero es sábado y el pueblo no es precisamente un sitio turístico, no sé si encontrarás algún alojamiento.

Sara permaneció sentada en la roca sin apartar la mirada del hombre que le hacía aquella propuesta. Se sentía como si acabara de atropellarla un camión.

—No…, no hará falta… Si a Amelia no le molesta, me encantaría quedarme. Os abonaré la estancia como un huésped de pago. No hay problema.

—Pues volvamos a la casa. ¿Tienes que recoger algo del coche?

Sara asintió, sacó la pequeña bolsa de viaje con su neceser, su pijama y el cambio de ropa que se había traído. También se llevó consigo una pequeña linterna.

La tarde había empezado a caer cuando emprendieron el camino de regreso a La Casa de los Principios. Los árboles del camino, como soldados, se cuadraban frente a Tomás, custodiando la entrada de la casa. En las historias de la abuela María, aquel bosque siempre estaba plagado de seres sobrenaturales: fantasmas, jinetes sin cabeza, brujas que lanzaban hechizos o *trolls*. Un pájaro la asustó al salir de entre el follaje y Sara tuvo ganas de reír en voz alta por primera vez en mucho tiempo. Casi había esperado ver salir de los árboles a algún ser mitológico.

La casa se alzaba ya casi silueteada contra el cielo naranja, la chimenea, como un enorme signo de exclamación. En el porche de entrada, Irene parecía un elfo. Su cara se iluminó al verlos regresar y

la sonrisa reapareció en su rostro.

—¡Hola! ¡Has vuelto!

—Sí, me temo que me vas a tener que soportar un rato más porque no voy a poder arreglar mi coche hoy.

—Estupendo. Así verás atardecer con nosotros.

Tomás escondió una sonrisa mientras agachaba la cabeza.

—Irene está empeñada en ver el rayo verde —explicó.

—¿El de Verne?

—Ese mismo.

—¡Vamos! —Irene le agarró la mano—. ¡Está a punto de salir!

Siguió a la niña y a Tomás a una parte del porche y los tres se sentaron en silencio a contemplar el cielo. Sara estudió los rostros del hombre y de la niña, por un segundo inmensamente serios, y se dio cuenta de que hacía meses —tal vez años— que no se sentaba a contemplar la puesta del sol. La calidad de la luz sin la contaminación eléctrica creaba una imagen de extraña belleza sobre el paisaje. Las ramas de los árboles se trenzaban en un intrincado grabado contra el cielo pintado de rosas, naranjas y azules. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que la luz jugara sobre su rostro. Inhaló. El aire allí tenía sabor, un sabor verde y dulce. Desde donde estaban sentados, pudieron contemplar cómo las nubes —islas blancas en un mar rojo— se empezaban a mover y tapaban la luz solar.

—Demonios —maldijo Irene—, ahora no podremos ver el rayo verde.

—Pero es una vista muy hermosa —susurró Sara, extasiada a su pesar—. Parece un cuento de hadas.

Irene se volvió y sonrió.

—Sabía que te gustaría. Hace que te conviertas en nefelibata.

—Creo que prefiero la palabra soñadora —rio Sara—, aunque sea menos rara.

—Y menos bonita —dijo la niña.

En el claroscuro que el sol había dejado a su marcha, la cara de Tomás permanecía en sombras. Sara estaba muy intrigada por aquel hombre que parecía tener miles de capas.

—Antes me dijiste que habías vuelto a la casa —le preguntó—. ¿Dónde vivías?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Estudié en otra ciudad. Viví allí unos años. Pero no estaba a gusto, no como aquí.

—Él es como nosotras —terció Irene—. Alguien a quien nadie quería.

Sara volvió la mirada hacia ella.

—¿Qué diablos te hace pensar eso?

—Porque la Señora de los Principios nos cuidó. Nos encontró y nos

cuidó.

—¿Os encontró?

La voz de Tomás se hizo más profunda.

—A mí, en la puerta de una iglesia. A Irene la trajeron unos granjeros. Ha habido otros niños.

—Cielos. Era… ¿como una madre adoptiva?

—Algo así, sí —confirmó Tomás.

—Estoy segura de que mi madre era un hada que se enamoró de un humano y, por eso, no le dejaron quedarse conmigo.

Sara observó el cabello pálido, casi plateado, de Irene y convino en que, en aquel momento, lo de su genética feérica era plausible.

—Suena muy exótico —opinó, cautelosa.

La niña asintió.

—La Señora de los Principios y Amelia no podían tener hijos suyos porque ninguna era un hombre y hace falta un hombre y una mujer para tener un bebé, así que coleccionaban hijos que nadie quería. O que eran hijos de las hadas, como yo.

—¿La Señora… María y Amelia eran pareja?

El motivo de la disputa de su abuela con su padre se le acababa de revelar. Dudaba mucho de la tolerancia LGTB de su progenitor, mucho menos si la perteneciente al colectivo era su madre. Dudaba realmente de que su padre fuera tolerante con cualquier tipo de amor. Sintió una punzada de anhelo: ella también había querido tener hijos. La idea la atravesó como una daga y el dolor inesperado la hizo arrugar el ceño. Respiró hondo para alejar ese pensamiento. Ahora entendía lo que hacía Amelia en la casa; en realidad, la casa tendría que haber sido suya. ¿Por qué no era así? ¿Su abuela no habría dejado testamento? Irene prosiguió.

—Sí. Ha habido muchos niños en esta casa, pero han crecido y se han marchado y ahora solo quedo yo. Y Tomás. Él también es hijo de hadas.

Sara enarcó las cejas, divertida.

—¿En serio?

—¿No ves lo guapo que es?

Tomás la miró con una pequeña sonrisa jugueteando en sus labios y Sara sintió que el rubor le encendía las mejillas. Le gustó esa mirada. Como si la estuviera viendo de verdad. No su melena, no su rostro, sino que estaba mirando quién era. Y una cálida sensación la invadió. Preguntó, evitando los ojos de Tomás:

—¿Y se han ido todos?

—Cuando encontraban trabajo se iban, sí. María decía que estaban ya listos para volar. Que ya les había dado un principio y que les correspondía a ellos buscar su propio final.

—Pero Tomás volvió.

Él asintió, lentamente. Sara pudo ver su gesto de duda antes de que respondiera.

—Sí, me fui a estudiar fuera con una beca. Terminé Ingeniería Agrícola. Pero el mundo ahí fuera no… Yo no encajaba. Aquí es donde puedo ser yo.

—Nadie sabe que vivimos en esta casa. —Irene se llevó un dedo a los labios—. Es un secreto. Solo lo sabe el cartero.

Sara vaciló antes de hablar.

—¿Por qué es un secreto?

—Estoy seguro de que Irene no quería decir eso —interrumpió Tomás.

—Sí, sí que quería —insistió la niña—. El señor Flavín no debe enterarse de que la Señora de los Principios ya no está viva porque nos echará. Se sorprendería mucho si llegara y viera la casa llena de gente.

«Pues seguro que sí», pensó Sara, pero preguntó:

—¿Quién es el señor Flavín?

—Es el hijo de la Señora de los Principios. Y, si se enterara de que vivimos aquí, nos obligaría a marcharnos. Pero Amelia sabe lanzar hechizos y evitará que eso ocurra.

—Irene…

—Es verdad, Tomás, hace crecer las hierbas y las verduras. Las planta en luna llena y esparce flores sobre la tierra.

«Por el amor de Dios», pensó Sara. Por un momento, quiso decirle a la niña que la magia no existía, que las hadas eran un cuento y que no era hija de ninguna, que algún día el amor le haría mucho daño. O la falta de amor. Pero su mente se detuvo en todos los meses que había pasado llorando, agotada de vivir y sintiéndose miserable por no poder contar la verdad y deseó que aquel momento de tranquilidad infinita —con dos extraños en una casa extraña— no se desvaneciera. Parecía que La Casa de los Principios estaba lanzando su propio hechizo sobre ella. Tenía los sentidos inundados de la belleza del entorno. Las estrellas salían a buscarla ahora, lo mismo que Amelia.

—Veo que no has podido arreglar el coche —dijo la supuesta bruja a sus espaldas—. ¿Te quedarás esta noche con nosotros, Sara?

—Si no es demasiada molestia… Tomás me ha dicho que admitíais huéspedes de pago.

—No hace falta que pagues nada, pero no es demasiado cómodo.

—No me importa. De verdad.

—Pues ven conmigo, entonces. Te enseñaré tu habitación.

Sara dejó a Tomás y a Irene en el porche y siguió a Amelia por las estrechas escaleras que había visto antes hasta el segundo piso. La luz de un quinqué que llevaba la mujer enviaba sombras fantasmales a las esquinas del pasillo.

—Te quedarás en la habitación de María.

Abrió una puerta. La estancia desprendía un sutil aroma a lavanda y la ventana dejaba entrar la brisa del anochecer. Sara posó la bolsa sobre un arca de cedro a los pies de la cama y sintió un escalofrío de emoción. Allí había dormido su abuela. Había una foto de ella en un marco en la estantería. La mostraba de pie, en el exterior de La Casa de los Principios, con una amplia sonrisa en el rostro. La cámara la había inmortalizado en un momento feliz; la imagen la congelaba en medio de una carcajada, con los brazos extendidos como si fuera a abrazarla. Se acercó a la estantería para verla con más detalle y deslizó luego los dedos por los lomos de los libros, algunos descoloridos por el paso de los años, que estaban al lado del marco.

—Le gustaba leer —observó.

—Más que nada en el mundo —dijo Amelia.

Sara eligió uno de los libros y lo abrió. El nombre de María Flavín, con la caligrafía angulosa de su abuela, la asaltó desde la primera página. Dejó el libro en su lugar, conmovida por estar allí.

—¿Cuál era su preferido?

—Siempre decía que cada libro tenía su momento para acompañarte. Pero creo que era *La historia interminable*. Para ella era un libro perfecto, porque tenía miles de historias inacabadas dentro, como la vida.

La voz de Amelia se quebró. Así, como se sentía Amelia, debería ser como se sintiera ella. No avergonzada, no herida. La mujer se rehizo antes que Sara.

—¿Bajamos a cenar? —preguntó.

3

Sara había estado en muchos lugares distintos a lo largo de su vida. Demasiados para contarlos. Había viajado con Eduardo a lo largo del mundo cuando todavía no estaba rota por dentro. Pero, mientras contemplaba el bosque desde la ventana de la habitación de su abuela después de la cena, no consiguió recordar ningún otro sitio en el que hubiera sentido tanta paz. Parecía haber viajado a miles de kilómetros de los problemas de su vida. Se quitó la ropa, se puso el pijama y, mientras se hundía en las sábanas con olor a lavanda, recordó que no había tomado la pastilla para dormir. Fantasear con tiempos pasados la llenaba de ansiedad y le impedía conciliar el sueño. Lo siguiente de lo que tuvo consciencia fue de que era de día de nuevo y de que Irene la miraba.

—Quería ver cómo dormías —dijo la niña—. La gente es de lo más interesante cuando duerme.

—Puedes matar a alguien de un infarto haciendo esto —contestó Sara.

Pero la niña ya había desaparecido por el pasillo. Sara se puso una sudadera sobre el pijama, confiada en poder bañarse en algún lado, y la siguió.

—Buenos días.

Tomás parecía un cuadro de Edward Hopper en la cocina. Un momento perfecto paralizado en el tiempo. Inhaló el aroma a tostadas y café que flotaba en el ambiente.

—¿Quieres desayunar? —preguntó él—. Acabo de apagar la cafetera y aún está caliente. Te puedo preparar una taza.

—Gracias, sería estupendo. —Sara se sentó en una silla y él le colocó una taza en las manos, que ella aceptó, agradecida.

—¿Qué tal has dormido?

—Genial, hacía siglos que no lo hacía tan bien.

—Prueba esto. —Le tendió una cuchara de madera con algo de color oscuro—. Estoy haciendo mermelada con las manzanas del huerto.

Sostuvo la cuchara con delicadeza hasta que Sara la probó. La tierna consistencia de la mermelada llevaba consigo el calor de la

mañana. Dejó que el sabor ácido y terroso le inundara la boca.

—Sé muy poco sobre mermeladas, pero me parece deliciosa.

Tomás alargó la mano y atrapó con el pulgar un poco de mermelada que le había quedado en la comisura de la boca. Sara retrocedió. Se sintió tremendamente incómoda ante el contacto y una reveladora presión en el pecho empeoró la sensación. El roce había sido reconfortante, pero hacía tanto tiempo que nadie la tocaba… No tenía derecho a ser tan atractivo. Conocía los riesgos de confiar en alguien.

—Te pondré un poco de mermelada en las tostadas —dijo él, ajeno a lo que su caricia había provocado.

—Buenos días. —Irene entró en la cocina con un cuenco de fresas recién recogidas en la mano—. Tomás, viene alguien.

No hacía falta que la niña lo dijera. Algo se acercaba por el camino haciendo tanto ruido que la casa parecía que iba a romperse. Salieron al porche. El ruido, mucho más trepidante allí, se aproximaba con una nube de polvo. Cuando este se depositó, pudieron contemplar una espléndida Harley Davidson y, a horcajadas sobre ella, una mujer vestida de cuero negro. Sara la vio quitarse el casco despacio, sacudir la rubia melena —con tantos matices de luz que parecía tener un halo alrededor de la cabeza— y sonreír. Se sintió terriblemente en desventaja con su pijama y su sudadera.

—¿Es esta La Casa de los Principios?

—Lo es.

La puerta, detrás de ellos, se abrió y Amelia salió al exterior.

—Vengo por el anuncio de niñera. Me llamo Cristina.

—Estupendo —dijo Amelia—. Pase. ¿Le apetece una taza de café? Este es Tomás.

Le dio un pequeño toque a este en el brazo para que reaccionara. Tomás enderezó los hombros y enfrentó la mirada de la diosa.

—Hola, encantado.

—Buenos días, Tomás, me alegra conocerlo.

Acortó la distancia que los separaba y le tendió la mano.

—Estas son Irene y Sara.

—Un placer conoceros. —Sus ojos se posaron en las otras dos—. Imagino que tú eres la persona de la que tendría que encargarme, Irene.

La niña respondió con voz cortante:

—La niñera es para él.

Y entró en la casa. Cristina arqueó una ceja dorada y esbozó una sonrisa confusa. Tomás meneó la cabeza con gesto burlón y las dos mujeres intercambiaron una mirada. Sara tuvo una repentina visión de la extraña viviendo con ellos en La Casa de los Principios y se sintió por completo fuera de lugar. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Tendría

que solucionar el tema del coche lo antes posible y dejar que su padre se apañara con el resto. La mujer entró en la casa y Tomás se dispuso a seguirla.

—Tomás —lo detuvo—, ¿puedo bañarme en algún lado?

—Cuando hace buen tiempo como hoy, nos lavamos en el lago de detrás de la casa —contestó él. Hubo algo en su voz que la llevó a preguntarse si le estaría tomando el pelo.

—¿En el lago? ¿Y si viene alguien y te ve? Me estás mirando como si te pareciera gracioso.

—No me lo parece.

La expresión de los ojos de Tomás era insondable. Sara sintió un revoloteo en el estómago. Todo en aquel hombre era inesperado y difícil de resistir. Él le dirigió un gesto con la cabeza.

—Te traeré toallas y jabón —dijo, y entró en la casa, dejándola sola.

Había pasado más de una hora cuando Sara regresó de su baño, revitalizada por el agua fresca. Los árboles frutales proyectaban su sombra sobre el porche y el campo detrás de la casa formaba un mosaico de infinitos tonos de verde unidos por las hebras plateadas de las acequias que repartían el agua. El aire olía a verano. En las pocas veces que habían estado juntas, su abuela siempre había intentado convencerla para que fuera a visitarla, pero Sara no había querido contrariar a su padre. Aunque había visto fotografías, nada la había preparado para que La Casa de los Principios la conmoviera de esa forma, como si pudiera meterse en su interior a través de sus poros y la transformara desde dentro. Se sentía como Dorothy recién aterrizada en Oz. La risa de la bruja del este —que se llamaba Cristina — la sacó de su ensimismamiento y le recordó que aquel no era su lugar. Y entonces se sintió muy sola. Una vez más lamentó no tener a nadie con quién compartir momentos como aquel. Cerró los ojos y apretó los párpados para escapar de los pensamientos que empezaban a invadirla, pensamientos horripilantes. Si hubiera hecho esto, si hubiera hecho lo otro… Intentó recordar las instrucciones que le había dado su psicóloga para respirar y evitar el ataque de ansiedad. Se concentró en el susurro de la brisa entre los árboles cercanos y en los cantos de los pájaros.

—¿Qué haces? —preguntó Tomás a su espalda.

—Respirar.

—Me alegra saberlo. Sería un verdadero problema que no lo hicieras. ¿Nos acercamos al pueblo a ver si podemos hacer algo por tu coche?

Sara se dio la vuelta para mirarlo. No se atrevió a preguntar si habían contratado a Cristina.

—Pero es domingo.

—Por lo menos, hablar con Atilio, el del taller, aunque no abran hoy —prosiguió él—. A ver si es posible que venga el de la grúa.

—Me parece estupendo —respondió Sara—. Déjame cinco minutos para cambiarme y secarme el pelo y nos vamos.

El paisaje, salvaje y plagado de naturaleza, estaba atravesado por carreteras bordeadas de pinos. La que Tomás y Sara recorrieron en un *jeep* lleno de polvo conducía a un pueblecito de cuento. Aparcaron en uno de los laterales de la plaza, rodeada de jardineras con margaritas, que bullía en el día de mercado. Sobre los puestos, los edificios, de varios colores, estaban bien conservados. Se vendía vino, quesos, conservas y fruta, pescado, flores… Bajo el toldo de una cafetería cercana, un grupo de personas se refugiaba del calor. Pequeños comercios —una ferretería, una farmacia, una librería— se alineaban en las aceras. Llegaron a la puerta de un local que parecía un bazar.

—Es aquí —anunció Tomás.

—¿Aquí?

El negocio no tenía pinta de taller mecánico.

—Atilio y su mujer comparten local —explicó Tomás, entrando—. El bazar es de ella.

Era un local enorme, lleno de cosas, con estanterías de madera del suelo al techo en las que se amontonaban objetos sencillos, cotidianos. Sara pudo ver una estufa de leña, quinqués, utensilios de cocina y marcos de fotos. Flotaba en el ambiente una mezcla extraña de olores: a viejo, a aceite y a especias. A pesar de ello, la tienda destilaba un sencillo encanto.

—¡Tomás! —Un hombre mayor, de sonrisa atractiva y ojos chispeantes, se acercó a ellos—. ¿Quién es la preciosa dama que te acompaña?

—Atilio, te presento a Sara. Necesitamos tu ayuda.

—¿Y en qué puedo servir a la señorita?

—Se le ha roto el coche en el camino a La Casa de los Principios. Tiene un neumático pinchado, pero creo que también el silenciador y el tubo de escape.

El hombre chascó la lengua y pasó los dedos, pensativo, por los tirantes amarillos que se curvaban sobre su barrigota.

—El problema es que es domingo —repuso, apesadumbrado—. No conseguirás que Rodolfo se levante antes de las dos un domingo para recoger ningún coche. Puede que lo convenzas para que me lo traiga a la tarde-noche.

—¿No hay ninguna otra grúa? —inquirió Sara.

—Me temo que no. ¿Por qué no coméis en el pueblo y te acercas esta tarde a su casa?

Tomás la miró. Y al ver que Sara no decía nada, decidió por ella.

—Buena idea, Atilio. Ven, Sara, iremos a un sitio que te va a gustar mucho.

La sacó del bazar como si él estuviera al mando, con la mano en el codo. Mientras lo seguía, Sara pensó que en algún momento tendría que llamar a su padre para contarle lo que había descubierto y avisarlo de que no llegaría el lunes a trabajar. Pero observó las amplias espaldas de Tomás y decidió que no corría prisa. Él la guio por las calles adoquinadas hasta una pequeña tienda de la que salía el olor a pan recién hecho.

—Hola, Julia —saludó a la mujer que atendía el mostrador—. ¿Me das dos de pollo? Te gusta el pollo, ¿verdad, Sara? Y dos cervezas.

—¿Qué estás haciendo?

—Comprar bocatas. —Le guiñó un ojo—. El sitio al que vamos no tiene *catering*.

4

Desde que la muerte de Eduardo la lanzara a la incapacidad de tomar decisiones, Sara había permanecido en una especie de limbo emocional. No estaba acostumbrada a la irrealidad de aquella situación, sino al polvo y al humo de la ciudad, al aire denso cargado de sirenas y ruido, que la había envuelto durante meses como si fuera una crisálida. Allí, con aquel hombre, en el silencio solo interrumpido por sus pasos y el canto de los pájaros, se sintió viva de nuevo. Y sonrió al pensar que su placer equivaldría a la ira que pronto sentiría su padre cuando le anunciara que se quedaba allí un par de días.

Tomás se detuvo para darle la mano en una zona complicada. En un movimiento, que pareció muy natural pero que provocó que ella sintiera un suave cosquilleo en el corazón, entrelazó los dedos con los de ella para ayudarla. Sara contempló sus manos unidas. Una vez —hacía una eternidad— lo había tenido todo: una carrera maravillosa como periodista, un marido amantísimo con el que era feliz, una casa en medio de la ciudad, amigos…, pero todo había quedado atrás y ahora parecía que era otra mujer la que seguía a Tomás por el bosque. Ni siquiera se había planteado la de alimañas que se escondían entre los hierbajos que pisaban dispuestas a perforar sus tobillos. Sonrió. ¿Qué diría el diccionario de Irene sobre el trastorno de estrés postraumático? En el último año, se había acostumbrado a odiarse a sí misma y a todos los que la rodeaban, pero estar allí, en mitad de ninguna parte, le empezaba a recordar que la vida era finita, que todo tiene un fin.

—Hemos llegado.

Tomás guardó un silencio de respiración contenida, como si estuvieran en un teatro a punto de alzar el telón, mientras esperaba su opinión. Sara miró a su alrededor. El claro donde estaban era impresionante. El terreno, tapizado de una frondosa abundancia de musgo, despedía un aroma a humedad, y un pequeño arroyo, tan transparente que podían verse cada una de las piedras de su lecho, descendía por una de las paredes de roca. Unos árboles altos y desmelenados recortaban los contornos del claro y, sobre ellos, se desplegaba el cielo más azul que había visto en su vida, brillante e

intenso como si lo hubieran pulido.

—Bien, ¿qué te parece?

El paisaje era exuberante, casi atemorizador en su belleza. La brisa además esparcía, junto con el de la vegetación, el olor de Tomás. Una mezcla de jabón y especias que le inundaba las fosas nasales, haciendo estragos en su mente. Lo miró a los labios y le costó la vida entera contestar.

—Es bonito —dijo.

—¿Es bonito? ¿Solo se te ocurre eso? —preguntó él con sorna—. Creía que te dedicabas a escribir.

Sara agachó la cabeza para ocultar la sonrisa traviesa.

—Vale —respondió—, es muy muy bonito.

La risa ronca de Tomás era contagiosa y acabaron ambos riendo con ganas.

—Reconozco que no he visto sitios así muchas veces —reconoció Sara, al fin—. Y eso que he viajado por todo el mundo.

—¿A qué países has ido? —Tomás se sentó frente al arroyo y le tendió la mano para que se sentara a su lado.

—A muchos. Hubo una época en la que vivía más tiempo en el avión que en mi casa.

—¿Y te gusta vivir así?

Se produjo una pausa, quizás no mayor de una décima de segundo.

—Me gustaba.

—¿Qué es lo que cambió? —Tomás le tendió un bocadillo y una cerveza fría.

—Yo. Tú pareces tenerlo todo claro, se te ve feliz y saludable aquí. En cambio, yo… no sé qué es lo que quiero.

Él esbozó una sonrisa leve.

—¿Te parezco saludable?

—Todo el mundo lo parece aquí. Es… como si estuviera en una película. ¿Has visto *El show de Truman*?

Volvió a escuchar su risa y le dio un mordisco al bocadillo. Pan crujiente, delicioso pollo con ensalada y una salsa que le supo a Sara a gloria.

—Hummm, esto está exquisito.

—Y saludable.

Comieron juntos en un silencio cómodo. Sara contempló a su compañero y pensó en lo diferente que era de Eduardo o del mismo Antonio Arriaga, con sus bronceados perfectos y sus trajes de marca. Los vaqueros y la camiseta gastada de Tomás combinaban con el azul de sus ojos y del cielo. Tenía los hombros y los brazos de un obrero, pero se movía con una elegancia peculiar. ¿De verdad había estudiado una ingeniería? Podría haberse ganado la vida como modelo sin problema. Cualquier fotógrafo mataría por aquellos pómulos. ¿Por qué

no tenía pareja? ¿Qué mujer en su sano juicio no querría estar con él? Sara no había conocido a nadie que se pareciera remotamente. Sin embargo, había cosas que no le encajaban y se descubrió a sí misma luchando contra la atracción imposible de negar que empezaba a sentir por aquel hombre, y el deseo de resolver su rompecabezas al mismo tiempo. Era como abrir una puerta y asomarse a un mundo desconocido.

—Puedes aprovechar esta tarde para llamar por teléfono desde el pueblo. —La voz de Tomás la sacó de sus pensamientos—. Me refiero a si tienes que avisar a alguien de que no podrás volver hasta dentro de un par de días —prosiguió.

Hubo algo en la forma de decir «a alguien» que la puso sobre aviso. Tomás estaba preguntando si había un «alguien» al que avisar. Se sintió un poco menos culpable por sentirse atraída por él. Solo un poco. Y su autoestima arrasada por todo lo pasado en el último año echó una pequeña ramita verde en su interior.

—Solo tengo que avisar a mi padre. No hay prisa.

Se sonrieron y permanecieron en silencio unos segundos, bebiendo las cervezas y escuchando el susurro de la brisa entre los árboles. Después, Tomás se inclinó hacia ella, envolviéndola con su olor. Había un brillo en sus ojos que estuvo a punto de hacerle perder la cabeza. Con la más ligera de las caricias tocó el labio inferior de Sara, como había hecho al quitarle la mermelada.

—Tienes un poco de salsa aquí —dijo. Y Sara se preguntó si realmente se manchaba tan a menudo o era una excusa. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para aclararse la garganta y balbucear:

—¿Vamos? El señor de la grúa ya debe estar en pie.

—Tienes razón —contestó él sin inmutarse—. Había perdido la noción del tiempo.

5

—¡¡¡Ya estáis en casa!!! —La alegría de Irene al recibirlos le recordó a Sara a la de un perrillo que mueve la cola cuando regresa su amo.

—¿Has conseguido resolver lo del coche? —Amelia era mucho más práctica y, si se alegraba, lo disimulaba bien.

—Rodolfo vendrá a buscarlo con la grúa en un par de horas —contestó Tomás—, y se lo llevará a Atilio. Sara se quedará un par de días con nosotros.

—¡Genial! —Irene batió palmas—. Así vendrá con nosotros hoy a la noche del tesoro.

Perpleja, Sara preguntó:

—¿La noche del tesoro?

—Vamos a ir a buscar un tesoro al bosque esta noche.

—¿Y por qué vamos por la noche? ¿No podemos ir ahora que no está oscuro?

—Bueno… —caviló la niña—, es que quedarse con los tesoros es algo ilegal, ¿sabes? Por eso hay que ir de noche, para que no te pillen. Es lo lógico.

Sara sonrió.

—Por supuesto, no sé ni por qué he preguntado.

—Necesitamos una bombona nueva para la cocina, así que esta noche vamos a ir a buscarla al bosque.

—¿Una bomb…? —Los dos adultos se limitaron a sonreír. ¿Es que era la única persona normal?—. Irene, no creo que haya bombonas nuevas en el bosque.

—Este bosque es mágico. Taumatúrgico. Ya lo verás.

Sara miró a Tomás, pero este entró en la casa sin hacer mucho caso de la conversación. Esperaba que no robaran las bombonas que les hacían falta, pero ¿qué sabía en realidad de aquella gente?

—Entra —la invitó Irene—. Amelia ha hecho tortilla de patatas con perejil. Siempre cocina cuando algo la perturba.

—¿La ha perturbado algo?

—Tomás no quería que Cristina se quedara.

Sara sintió un calorcito en el alma. Con una sonrisa maliciosa, la niña prosiguió:

—Pero convenceré a Amelia para que haga algún hechizo en la próxima luna llena y así seguro que aparece alguien para Tomás.

Era casi medianoche cuando salieron sigilosamente de la casa, se arrastraron —era la única forma de describir cómo Irene, Tomás y ella avanzaban— por el camino y se internaron en el bosque. Sara pensó en que no se distinguía mucho aquello del cuento de Pulgarcito, con la salvedad de que no dejaban migas de pan, y la sensación de irrealidad la cubrió como la capa negra que Irene la había obligado a llevar. No era la única «disfrazada». Los tres llevaban ropas oscuras y la niña incluso se había pintado la cara como si fuera un comando de guerra. Tomás empujaba un pequeño carro donde se suponía que cargarían la bombona, como si estas crecieran en los árboles. No llevaban linternas. «Porque se nos vería», había explicado Irene cuando Sara preguntó. «También veríamos nosotros», caviló ella, pero nadie le hizo caso.

A la luz de las estrellas y la luna, con el viento susurrando desde el interior de los árboles, la tierra se iba aquietando para pasar la noche. Y el aire olía a aventura. Sara sofocó una risita feliz.

Había perdido a su marido. La gente decía «perder a alguien» en vez de «se ha muerto alguien». Sara no había perdido a Eduardo, sabía perfectamente dónde estaba él. O su cuerpo. Porque su mente ya era inalcanzable. Sara se había perdido a sí misma. Cuando el ancla alrededor del que gira tu vida desaparece, te sientes como si te hubieran empujado al abismo en el que permaneces palpando las paredes sin nada a lo que agarrarte para salir de allí.

La primera noche que pasó después de que encontraran el cadáver de Eduardo fue el escenario de una gran pelea consigo misma. Cerró los ojos deseando que los recuerdos no fueran tan dolorosos. Esa noche, las inquietudes desatadas bailaron en su interior: ansiedad, miedo, vergüenza, dolor…

Y desde entonces, cada noche, todas ellas se daban cita en su insomnio hasta que había llegado a La Casa de los Principios. Aunque le encantaba vivir en la ciudad, aquel sitio tenía algo especial. La quietud del bosque acallaba sus demonios.

Irene levantó una mano y se detuvieron abruptamente.

—Estamos a cien metros de la localización del tesoro —susurró, señalando un camino estrecho a través de los árboles—. Tomás, tu misión es la de reconocimiento. Vete por la parte posterior para comprobar que la localización es exacta. Sara, revisa el terreno en busca de trampas.

—¿Trampas? —La incredulidad de Sara ofendió a la niña.

—Puede que haya piratas buscando el botín —explicó, como si fuera tonta.

Avanzaron por el camino pedregoso y accidentado; más adelante vieron una luz tenue entre los árboles. Irene hizo un gesto con la mano y todos la siguieron hasta que estuvieron muy cerca de una casita. «La casita de la bruja», pensó Sara. Aunque no estaba hecha de caramelo, era una preciosidad. Pintada en un amarillo suave, con los postigos recién barnizados de negro; alguien había plantado azaleas en el exterior, protegiéndolas con una valla de madera. Las plantas todavía eran pequeñas, pero las flores estaban a punto de abrirse. Sara quiso quedarse en La Casa de los Principios lo suficiente para saber de qué color eran.

—Todo está tranquilo. No hagáis ruido. No queremos despertarla.

—¿A quién? —susurró Sara.

Irene le dirigió una mirada de frustración.

—A la dueña de la casa. Silencio.

Sara se agachó aún más. ¿Quién viviría allí?

—¿Le estamos robando a alguien? —preguntó a Tomás.

Él esbozó una sonrisa extrañamente atractiva.

—Tranquila. No estamos haciendo nada malo.

—¿Y por qué no compramos una bombona en la tienda como la gente normal?

—Porque no somos gente normal —contestó él.

—Tomás, el tesoro. Ahí —siseó Irene.

Sara se arrastró con una cautela impresionante, zigzagueando entre los arbustos que circundaban la casita. Tropezó con una raíz, casi se comió otra, maldijo y se sintió muy ridícula cuando Irene la mandó callar con un gesto. Las luces exteriores de la casita se encendieron de golpe. Sorprendida, retrocedió y se cayó hacia atrás, en el interior de un matorral que la engulló como arenas movedizas, y se dio un golpe en la cabeza.

—¡Corred, nos ha descubierto! —gritó Irene.

Desde el interior del arbusto, era complicado no solo saber quién los había descubierto, sino qué sucedía, pero escuchó una voz de mujer —«¿quién está ahí?»— y el sonido de sus acompañantes que se escabullían entre los árboles. Después, se hizo el silencio y las luces volvieron a apagarse. Intentó ponerse en pie algo mareada por el golpe. Un brazo fuerte la ayudó a hacerlo.

—¿Estás bien? —preguntó Tomás.

Su rostro estaba tranquilo y sonriente bajo la luz de la luna y no parecía haber ningún peligro alrededor.

—Creo que sí —contestó Sara, desconcertada.

—Bueno, voy a cargar la maldita bombona en el carro, que ya es tarde.

—¿La bombona no es de la vecina?

Él se echó a reír.

—No, la bombona la hemos pagado nosotros.

—¿Quieres decir que podríamos haber venido perfectamente por el día a buscarla?

—Por supuesto. Compra una para ella y otra para nosotros y nos la deja fuera para que la recojamos cuando nos venga bien. Pero venir por el día no tendría tanta emoción, ¿no crees?

—Pensaba que nos iba a matar o algo. Habéis salido huyendo y me habéis dejado atrás.

—Siempre se pierden soldados en la guerra —contestó él, alegremente—. Estas excursiones son divertidas e Irene no tiene demasiadas alegrías en la vida. Además, he vuelto a por ti. No te quejes.

—Soy prescindible. Has vuelto porque no te habías llevado la bombona.

—También.

Caminaron en silencio durante un rato, siguiendo el sendero entre los árboles por el que habían venido. Una de las zonas se aclaraba y atravesaba un extenso campo de lavanda que se veía plateado a la luz de la luna.

—Había pensado poner colmenas en esta parte —dijo Tomás—, pero no tiene mucho sentido planear nada cuando tienes el futuro en el aire.

Sara no estaba muy segura de cómo responder a esto. No quería decirle que su futuro estaba más en el aire de lo que él creía, que su padre quería vender La Casa de los Principios.

—A lo mejor podrías empezar de cero en otro lado —apuntó.

—Le debo todo a Amelia. Ella y María me recogieron cuando no era nada y no podía valerme por mí mismo. No puedo abandonarla cuando lo está pasando mal.

Sara no quería que le gustara aquel hombre. No quería pensar en él como un niño huérfano, ni como un adolescente deseando salir al mundo, ni siquiera como un estudiante dándolo todo para sacar su carrera para luego volver a donde lo habían criado. Sin embargo, cuanto más sabía, más quería saber. Cuáles eran sus sueños. Qué tipo de vida le gustaba. Y no quería que le gustara tanto porque era incapaz de imaginar que de aquello pudiera surgir otra cosa más que dolor. Tenía una vida en la ciudad, o algo parecido a una vida, de la que él no podía formar parte. Estaba mejor sola, así nadie podría volver a herirla. Se agachó para coger una de las flores de lavanda y la desmenuzó entre los dedos.

—¿Y tú? —preguntó él.

—¿Yo qué?

—¿Tienes algún plan? Me refiero con tu vida.

—Mi plan es vivir.

—Me da la sensación de que sobrevives.
Ella no contestó.

6

Tomás tenía razón, masculló Sara al levantarse en medio de un concierto de trinos a la mañana siguiente, pero ya pensaría en ello en otro momento. Desde que había llegado a La Casa de los Principios, se sentía viva y se daba cuenta de que sí, que se había limitado a sobrevivir. Pero es que no era fácil pasar página, no era algo que una se apuntara en la agenda. A tal hora, estar alegre. A tal otra, olvidarte del capullo que ha sido tu marido. A menos que una fuera como Daniel Flavín y tuviera una piedra por corazón. La punzada de rencor que siguió a aquel pensamiento no la sorprendió. No tenía la menor intención de ser como su padre, pero acordarse de él la hizo ser consciente de que ya era lunes por la mañana y de que no había inspeccionado la casa que su progenitor quería vender, ni había tomado fotos del terreno. En otras palabras, no había hecho nada de lo que su padre la había enviado a hacer allí. Ni siquiera lo había avisado de que no iba a volver hoy.

Era cierto que la locura de los dos días anteriores —¿solo llevaba dos días en La Casa de los Principios?— no había sido demasiado propicia para favorecer la concentración, pero el trabajo tenía que hacerse sí o sí. El tiempo se le había escapado entre los dedos, pensó sintiéndose culpable. Aceptó una tostada con mermelada de moras de las manos de Amelia, sintiéndose aún más culpable, y anunció que daría un paseo por los alrededores.

—¿Hay algún sitio con cobertura para poder avisar en el trabajo? —preguntó.

—Si te acercas a la intersección con la carretera —contestó Tomás —, es posible que tengas.

Al salir, lamentó enseguida no haberse puesto una chaqueta; el tiempo había cambiado y el aire era frío, pero en lugar de volver a entrar, echó a caminar rápido por el sendero donde había pinchado la rueda para tomar una foto de la casa desde allí e intentar localizar el punto en el que conseguir cobertura para avisar a su padre.

—Despacho de Daniel Flavín. —Su padre siempre había tenido secretarios clónicos, hombres trabajadores y pusilánimes que pasaban desapercibidos por completo. El último, Federico, era un hombre ni

demasiado urbano ni demasiado blando, cargado de espaldas y con amplias entradas.

—Buenos días, Federico —lo saludó—. Soy Sara Flavín. Este fin de semana mi padre me envió a hacer un informe de una casa familiar que quería poner a la venta, pero he tenido un percance con el coche y no me va a ser posible ir al trabajo hoy.

—Vaya, lo siento mucho. Te lo paso enseguida. Está en videoconferencia, pero no creo que tarde mucho en terminar.

—No, no, no hace falta que lo molestes. Solo dile que la zona no tiene cobertura y que me pondré en contacto con él en cuanto pueda. Intentaré adelantar trabajo para el que no necesite internet.

—A tu padre no le va a gustar esto, Sara —contestó Federico, receloso.

—No puede molestarse. Fue él el que me envió aquí.

—Ya. Pero ya conoces a tu padre.

—Demasiado bien.

—Yo solo aviso.

—Tú díselo.

Federico colgó con un suspiro resignado.

—Vaya. —La voz ronca de Tomás la sobresaltó—. Solo venía a decirte que me iba a acercar al pueblo, pero… De modo que eres Sara Flavín. Y has venido a vender La Casa de los Principios.

A Sara se le escapó un jadeo y se dio la vuelta. Él estaba inmóvil detrás, con una expresión desafiante en el rostro.

—Puedo explicarlo.

—Está bien —repuso Tomás en tono gélido—. Explica por qué nos has mentido. Tienes toda mi atención.

Intentó mantener la calma mientras le contaba que su padre la había enviado allí pensando que la casa estaba vacía y que no había dicho quién era para intentar averiguar el motivo de que no fuera así. Que no le habían parecido okupas.

—No quiero perjudicaros, Tomás. De verdad. Además, él solo quería un informe y unas fotos, no hay comprador. No está puesta a la venta.

—Aún.

Sara asintió, pesarosa.

—Tienes razón. Aún.

Luego se atrevió a apuntar:

—No entiendo por qué mi abuela le dejó la casa a mi padre, siendo pareja de Amelia. Ella y mi padre se llevaban a matar.

Tomás respiró hondo; el dolor, reflejado en su mirada.

—No hizo testamento. Estaba en forma, perfecta, invencible, como un torbellino de energía y un día, simplemente, no abrió los ojos. Tu padre es el pariente más cercano. Ellas… nunca legalizaron su unión.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Y ahora el señor vicepresidente de empresa, un tipo que tiene dinero a espuertas, va a echar a Amelia y a Irene a la calle.

—Mi padre no tiene dinero a espuertas —protestó Sara—. Comenzó desde abajo, como becario de la empresa, y está donde está porque ha trabajado mucho. Es cierto que tiene un buen sueldo: lo suficiente para haberme pagado buenos colegios y una ortodoncia. Por eso le saca tanto de quicio… —se detuvo. A su padre le ponía de los nervios que ella no saliera del bucle depresivo en el que se había metido hacía un año, que no fuera más proactiva, pero no iba a contarle a Tomás los motivos—. Le saca de quicio que no sea la mejor hija del mundo.

Él le pasó la mirada lenta desde los pies a la cabeza. Y, de algún modo, aquella mirada fue para Sara más íntima que si le hubiese leído la mente.

—Yo estaría orgulloso si tuviera una hija como tú.

Ella sintió una punzada de atracción, pero la reprimió. Esperaba que él no se hubiera dado cuenta.

—En fin… —suspiró Tomás—, si estás aquí para hacer unas fotos y un informe de cómo está la casa para tu padre, será mejor que empieces, ¿no crees? Voy a hacerte un *tour* por lo que nos queda. O, mejor dicho, voy a hacértelo por sus pertenencias.

Sara se encogió. Se sentía fatal.

—No hace falta —dijo—. Ya lo haré yo después. Si ibas a acercarte al pueblo, te agradezco que me lleves contigo. Así podré ver cuándo estará listo mi coche y dejaré de molestaros.

7

Atilio tenía malas noticias. El repuesto tardaría una semana en llegar y él necesitaba al menos un día cuando llegara para reparar el vehículo. Sara salió con Tomás al calor de la mañana.

—Me buscaré otro alojamiento —dijo.

—Eso ya lo hemos hablado. No es necesario.

—Amelia me va a odiar aún más que antes.

—O no —se rio él—. Puede que se empeñe en que me case contigo para que tu padre no nos eche.

Sara se sonrojó.

—Estamos mejor como amigos.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se reprochó haberlas dicho. Sabía que era mentira, que Tomás la atraía sin remedio, pero el miedo al aterrizaje forzoso la llevaba a poner barreras.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él.

—¿Cómo sé el qué?

—Que no nos iría bien como pareja. No puedes saberlo. Nunca lo hemos sido.

—Lo sé porque me conozco. No me interesan los rollos esporádicos.

—¿Quién ha hablado de rollo esporádico? Lo he dicho de broma, pero he hablado de casarnos. Para serte sincero, yo tampoco soy de rollos esporádicos.

Fijó la mirada en los labios de Sara, que echó a andar incómoda.

—Lo que quiero decir —contestó— es que para mí no es un buen momento.

—Creo que no hay un momento perfecto para nada. Las cosas vienen como vienen y uno decide si aprovechar la oportunidad o no.

Sara no respondió. Entraron los dos en silencio en el coche. Él olía a una mezcla entre madera y agotamiento, que le pareció a ella inmensamente atractiva. «Vamos a ver, Sara —se dijo—, este hombre es como el hermano moreno de Chris Hemsworth, estarías loca si no te atrajera, pero…». No podía empezar nada con él. Su vida era un desastre y tenía que solucionarla primero.

Tomás condujo por la carretera principal y giró a la izquierda para

alejarse del pueblo. El paisaje pasaba ante ellos en un silencio tenso, manchas de verde y de ocre bañadas por el sol; el motor, zumbando con un murmullo suave. Llegaron al camino estrecho y retorcido en el que Sara había pinchado y él detuvo el *jeep*.

—Ven. —Descendió del coche.

Tomás abrió su puerta y le ofreció una mano. Para su sorpresa, no le importó. Le gustó. Le gustó mucho.

—¿Qué…?

—Quiero enseñarte algo.

Señaló hacia el lindero del bosque donde los árboles formaban una pared oscura y el calor somnoliento mezclaba los aromas de tierra húmeda, eucalipto y flores.

—Vamos a tener que caminar, pero serán solo cinco minutos.

Echó a andar y ella lo siguió, desconcertada. El aire se volvió más fresco cuando cruzaron la barrera de los árboles; las ramas, arqueadas como contrafuertes en una catedral de quietud intemporal. Los últimos metros eran en cuesta y Tomás tiraba de ella sin soltarla de la mano.

—Aquí está —dijo al fin, como si le presentara un regalo.

Ante sus ojos, corría un arroyo bastante ancho, que debía ser el que alimentaba el lago cercano a la casa. Al otro lado del cauce, el valle estaba salpicado de pequeñas casitas de colores.

—Este es el límite de la propiedad —dijo Tomás—. Pensé que tenías que verlo, saber dónde están los límites. Tendrás que contárselo a tu padre.

La invitó a sentarse a su lado en una enorme piedra al borde del agua.

—Y esta es mi roca. —Dio un golpecito con la palma en la piedra—. Donde venía de pequeño a pensar. Es mi lugar preferido.

—¿Más que cualquier otro de la casa? ¿Por qué?

Él se estremeció.

—Llegué a La Casa de los Principios con diez años y muy malos recuerdos de mi vida anterior; flaco como un palillo y con los moratones de la última paliza que me había dado mi padre en la cara.

—Lo… lo siento mucho.

Él se quitó los zapatos y dejó que el agua del arroyo le lamiera los pies.

—Me había escapado de casa y me subí a la parte posterior de un camión sin saber a dónde se dirigía. Viajé ahí escondido entre la carga toda la noche. Por la mañana, el camionero me descubrió y se enfadó mucho conmigo. Salí huyendo. Perdido, sin saber dónde estaba, empecé a caminar por las calles del pueblo intentando robar algo de comer. El estómago me rugía.

Sara intentó imaginárselo. Un niño perdido, asustado. Él prosiguió.

—Deseaba con todas mis ganas encontrar refugio. Me dolían los pies, hacía calor…, recuerdo la sensación de la camiseta pegada en la espalda. Cuando vi el *jeep* de María, lo primero que sentí fue resentimiento. Estaba lleno de cajas de comida y ella charlaba en la puerta del comercio de Atilio con un ramo de margaritas en las manos.

Se rio con la mirada clavada en el pasado. Sara sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con la brisa. Sin ninguna dificultad, se imaginó a su abuela, la sonrisa perenne y los brazos llenos de flores.

—Podía permitirse derrochar su dinero en flores mientras yo no tenía nada para comer. Así que decidí que le robaría a ella. —Tensó la mandíbula.

El arroyo frente a ellos reflejó la luz en un guiño, una brisa cálida agitó la superficie del agua enviando una caricia hacia donde estaban sentados.

—Me pilló, por supuesto. Dijo que había que tener pelotas para robarle a alguien delante de sus narices. Y luego me preguntó si quería ir con ella a su casa, que me daría de comer. Iba a decir que no, pero el calor se hizo más intenso, todo empezó a zumbar a mi alrededor y me desmayé. No había comido nada en días.

—Madre mía…

—Cuando me desperté, estaba en una cama en La Casa de los Principios. Se quedaron conmigo. Así de simple. No fue fácil, porque yo estaba constantemente a la defensiva, pero tuvieron paciencia. Con los años me di cuenta de la cantidad de esfuerzo que invirtieron en mí.

La miró a la cara. La brisa le revolvió el cabello moreno. Hizo una pausa antes de decir:

—Anoche te oí gritar mientras dormías.

—¿Es una pregunta?

—No, no tienes por qué contestar. Cuando llegué aquí, también gritaba mucho en sueños. Tenía pesadillas.

Ella se mantuvo en silencio con la vista fija en el agua. Se sentía avergonzada.

—No pasa nada si no quieres hablar de ello…

—Lo siento. —Sara tragó saliva—. No quería despertar a nadie. Me estoy recuperando de una situación que para mí ha sido traumática, pero que comparado con lo que te ha tocado vivir es posible que te parezca ridícula.

—¿Por qué no dejas que sea yo el que juzgue eso? Si te provoca pesadillas no es ridículo.

Le cogió de nuevo la mano y pasó el pulgar por el suyo. La tierna caricia la sorprendió al mismo tiempo que la consoló. Un anhelo desconocido impactó con fuerza en su mente. Aturdida, retiró la

mano.

—A mí me ayudó contárselo a tu abuela —apuntó Tomás.

Ella agachó la cabeza, resignada.

—Soy viuda desde hace un año —murmuró—. Siempre había estado muy enamorada de mi marido, lo admiraba. Tuvo un accidente de coche mientras volvía del trabajo. Murió en el acto.

—Suena terrible, no veo nada de ridículo en eso.

A Sara le tembló la voz al continuar.

—No es eso lo que no me deja seguir adelante —explicó con lentitud—. Cuando… cuando me dieron sus cosas, me dieron su teléfono móvil. Estaba…

Una lágrima empezó a caer por la mejilla de Sara.

—Había miles de mensajes con una chica, mensajes eróticos, mensajes de cariño… Mi marido tenía una amante desde hacía meses.

—Siento que hayas tenido que pasar por eso. Debe de haber sido terrible enterarse así.

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, como si se abrazara.

—Te va a parecer una idiotez, pero… me siento culpable.

—¿Te sientes culpable porque él te engañara?

—No, me siento culpable de amarlo, de no querer ver. Yo sabía que había algo raro, pero nunca creí que fuera más que mi imaginación. Pensaba que estaba paranoica por imaginar que mi marido pudiera ponerme los cuernos. Fue muy doloroso descubrirlo, mucho más que su muerte. Porque me mataba también a mí, a nuestro amor, a nosotros como pareja. Todo lo que habíamos construido hasta ese momento me pareció una mentira inmensa. Le decía a ella que era la mujer de su vida, que dónde había estado hasta entonces, que nada era comparable a lo que sentía por ella…

—No te fustigues por eso.

Ella esbozó una sonrisa fugaz.

—Mi autoestima también murió ese día.

—No sé qué decir. Joder, Sara.

Tomás se giró lentamente hacia ella y la rodeó con sus brazos. Sara empezó a sollozar.

—Tienes que encontrar el modo de volver a poner tu vida en orden y seguir adelante —dijo él.

Ella se apartó y se secó las mejillas con la mano.

—Perdona. No quería llorar. Cuando sueño, siempre sueño que él me mira y me dice «estoy enamorado de ella. Tú no eres nada». Por eso, no duermo bien. Y no puedo escribir.

—¿Escribir?

—Antes de que todo esto sucediera, me ganaba la vida como escritora fantasma de novela romántica. —Hizo una mueca triste—. Ahora me parece imposible escribir sobre amor, cuando… en fin, no

puedo. Parece que hace otra vida de eso.

—Tal vez sea el momento de escribir otra cosa. De pasar página.

—¿Qué quieres decir?

—Tu abuela era una persona muy sabia, solía decir que La Casa de los Principios era un asilo para supervivientes, para gente que venía a reconstruir su vida, a hacer borrón y cuenta nueva. Por eso no terminaba sus cuentos, para que cada uno les diera a sus tramas el final que necesitaba. Puede que hayas llegado en el momento preciso para escribir esos finales.

Tomás sonrió y su mirada la acarició como si el contacto hubiera sido físico.

8

—O sea, que eres la pequeña Sara —murmuró Amelia con una sonrisa mientras se inclinaba para dejar la sopera en la mesa. La mujer era una caja de sorpresas, Sara nunca pensó que reaccionaría así. Se moría de ganas de comprender a la que había sido la media naranja de su abuela y quizás, solo quizás, ella acabaría por permitírselo—. María hablaba constantemente de ti y de lo poco que te parecías a tu padre. Lo decía como un piropo. No te llevas demasiado bien con él, ¿no?

—Lo cierto es que mi padre y yo somos como el agua y el aceite —respondió Sara con pesar—. He sido una continua decepción para él. Creo que pensaba que seguiría sus pasos, pero no tengo nada de empresaria. De pequeña, siempre estaba con la cabeza en las nubes, inventando historias y viviendo en mi propio mundo. Muy desconcertante para él, seguro.

Amelia dejó ante ella un plato de humeante sopa de verdura, que olía mucho a apio y a albahaca, y una fragante rebanada de pan casero. Sara tomó una cucharada que le supo a gloria.

—Está deliciosa.

Al parecer, los demás opinaban lo mismo a juzgar por los sonidos apreciativos que surgían de los extremos de la mesa. Amelia inclinó la cabeza.

—Escucha —dijo—. Quiero que sepas que esta es tu casa. Ya sé que legalmente lo es, pero me refiero a que María siempre quiso que tú vinieras, que este fuera tu hogar. Perteneces a la tribu de La Casa de los Principios, te guste o no.

Sara sintió formarse un nudo en la garganta. Asintió, antes de acercarse al ojo una servilleta de papel.

—Eres integrante, componente, parte, miembro… —recitó Irene con la boca llena.

—Irene, se está enfriando la sopa —la cortó Tomás.

La niña sonrió, bajó la cabeza y volvió a su plato. Parecía que ya no le quedaban más sinónimos.

—Me siento afortunada de tenerte aquí —continuó Amelia.

—Gracias —dijo Sara—. Es muy amable por tu parte decir eso cuando…

—Ya lidiaremos el toro de la casa cuando llegue. Ahora mismo vamos a disfrutar de tener con nosotros a la nieta de María después de tanto tiempo. Tomás me ha dicho que eres escritora de novela romántica.

—Era. Hace ya un tiempo que no escribo nada.

—¿Escribías historias de amor reales? —preguntó Irene con los ojos brillantes.

—No, me las inventaba.

—¿Historias con final feliz?

—Si no tienen final feliz, no son novelas románticas.

—¿Qué son entonces?

Sara se encogió de hombros.

—Otro tipo de novela.

—¿Y eres famosa?

—No, no lo soy. Mis novelas las publican con el nombre de otras personas. Solo he publicado dos novelas propias con un éxito relativo y, para ganarse la vida como escritora, hay que tener un catálogo mayor.

—¿Ya no te gusta? —preguntó Irene.

—Me encanta. Es divertidísimo construir los personajes, hacerlos reales y sufrir y reír con ellos. Me lo pasaba muy bien.

—¿Y por qué no escribes más?

—No es tan sencillo. Hace un año que estoy bloqueada. Soy incapaz de escribir ficción.

—Lo que sea que te ha bloqueado —apuntó Amelia— pasará. Y entonces será el momento de recordar a Michel de Montaigne: «Mi vida ha estado llena de terribles desgracias, la mayoría de las cuales nunca sucedieron».

Salió de la habitación con la sopera ya vacía, dejando un aroma de albahaca fresca tras de sí y a Sara muy confusa. ¿Qué quería decir con eso? ¿Que no importaba lo que le pasara? Intentó protestar, pero su voz se perdió en algún lugar dentro de ella mientras asimilaba la enorme razón que tenía Amelia. Luego vio que Tomás sonreía.

Los ocupantes de La Casa de los Principios parecían salidos de un sueño, un sueño loco donde se decían cosas que solo servían para provocar nuevas preguntas. Tomás la miró de una forma que hizo que le diera un vuelco el corazón. Sintió un nuevo impulso de atracción y el mundo le pareció de repente distinto. «Céntrate —pensó—. No es más que atracción, un coqueteo. Te olvidará en cuanto te hayas marchado». Y cada vez faltaba menos para eso. En cuanto Atilio hubiera reparado su coche, regresaría a la ciudad y volvería a su vida gris y apagada y él continuaría con la suya. Razón de más para no implicarse, pero qué difícil era pensar cuando la miraban como él la estaba mirando ahora. Enamorarse de nuevo no entraba en los planes

de Sara. Tampoco pasar varios días en la antigua casa de su abuela con la familia que María había elegido. Pero allí estaban las dos cosas, sin planear.

Se despertó a la mañana siguiente con la sensación de haber recuperado el sueño de siglos. El sol se filtraba a través de las cortinas, que se agitaban con una brisa suave. Mientras saltaba de la cama y se vestía —vaqueros, camiseta, lo último que le quedaba para ponerse—, escuchó un murmullo de voces en el piso de abajo. Amelia tenía compañía. Abrió la puerta y esta rechinó. Cuando entró en la cocina, vio a través de la ventana la figura de una mujer con un enorme sombrero de paja que se iba por el camino que habían recorrido la noche de la búsqueda del tesoro, con Irene trotando tras ella. Había algo familiar en su forma de caminar.

—¿Quién era? —preguntó.

—La vecina. La de la casita donde fuisteis a buscar la bombona.

La mujer desaparecía entre los árboles.

—Hay algo…

—Nos trajo un tarro de mermelada casera. Esta es de arándanos. ¿Quieres probarla con unas tostadas? He hecho también infusión de hierba luisa, si quieres un poco. Es un relajante natural.

—¿Me ves muy nerviosa?

—Ahora ya no tanto, pero cuando llegaste estabas ojerosa y saltabas a la mínima.

Amelia tenía razón. Asintió, notando una dolorosa opresión en el pecho, como un despertar muy pausado; el cambio que aquellos días estaban operando en ella era tan inevitable como el de las estaciones. Se sentía como si estuviera a punto de llegar la primavera. «No quiero que esto termine, no quiero marcharme», pensó.

—¿Puedo ayudarte? ¿Qué hago?

—Tomarte la infusión, después si quieres puedes poner la mesa para los demás.

—Gracias. —Sorbió. El líquido tenía un sabor intenso a cítricos.

Observó a Amelia mientras trajinaba, la mujer se movía con una elegancia de la que no parecía ser consciente y, fuera lo que fuera lo que pensaba, suavizaba su mirada. Encontró inesperadamente relajante tomar el líquido caliente mientras ella cortaba rebanadas de pan y los pájaros piaban en el exterior. Sara se preguntó cómo sería la vida cuando María estaba allí, intentó imaginar a su abuela sentada a aquella mesa de pino rústica, como estaba ella ahora mismo. ¿Cuál sería su comida favorita? Amelia empezó a tostar el pan en el hornillo de gas.

—¿Cuánto costaría dar de alta la electricidad de nuevo? —preguntó Sara—. Quiero decir, para que podáis volver a bañaros con agua caliente, dejar de usar velas y cocinar en la vitrocerámica.

Amelia le dirigió una mirada divertida.

—¿Ya estás cansada de no tener lujos?

—No, no es eso. Tomás me dijo que no habíais conectado la electricidad para evitar que mi padre os echara.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—Tomás habla demasiado. No necesitábamos la electricidad.

—Me temo que mi padre se enterará esta vez de que estáis aquí. Pero podríamos convencerlo de que os deje vivir en La Casa de los Principios.

Amelia hizo un gesto de impotencia.

—¿Cómo? No podemos pagarle un alquiler. Mi pensión apenas llega para pagar los gastos de la casa y la educación de Irene. Tomás trabaja como un mulo las huertas para que podamos comer. Me da la sensación, por lo poco que he escuchado de tu padre, que no es precisamente una hermanita de la caridad.

—¿Mi abuela… María hablaba de él?

Amelia desplegó una sonrisa que borró todas sus arrugas; los ojos, fijos en el recuerdo.

—Tu abuela era una mujer peculiar —dijo—. Valiente, rebelde, buena. Siempre iba con el corazón cargado de esperanza a ver a tu padre. Siempre volvía rota. Al final dejó de intentarlo.

—Lo siento. —Sara sintió una punzada agridulce—. Sé que él puede ser muy tozudo a veces, pero de verdad que no es mala persona.

—Ella solía citar a Khalil Gibran: «En mi locura he hallado libertad y seguridad; la libertad de la soledad y la seguridad de no ser comprendido». Me temo que tu padre nunca la entendió.

—A mí tampoco. —No se dio cuenta de que lo había dicho en voz alta hasta que Amelia se acercó a ella y le apretó un hombro.

—Creo que hay personas a las que las apariencias importan más que los sentimientos. Puede que tu padre sea uno de esos.

Sara se preguntó si su padre habría experimentado alguna vez un rapto de locura, si habría querido a su madre o si seguían casados por las apariencias.

—Es posible que sea de esos hombres que van con máscara por la vida —dijo—. Así nadie sabe lo que siente.

—Si nadie sabe lo que sientes, no pueden hacerte daño —reflexionó Amelia—. Muchas veces esas máscaras son solo armaduras con las que defenderse.

—Me hubiera gustado conocer más a mi abuela.

—Estoy segura de que a ella también le habría gustado.

Tomás entró en la cocina junto con una ráfaga de brisa. Llevaba un ramo de flores silvestres en la mano. El vertiginoso latir de su corazón al verlo ya era una sensación familiar para Sara.

—Para ti. —Le tendió las flores a Amelia.

—Zalamero —respondió ella con una sonrisa complacida. Se limpió las manos en el delantal y salió de la cocina con el ramo—. Voy a buscar un jarrón donde ponerlas.

—Hola. —Se acercó a Sara.

—Hola.

—¿Has dormido bien?

—Muy bien.

Tomás deslizó una mano por el brazo desnudo de Sara y ella sintió que se le ponía la carne de gallina. La estudió con aquellos ojazos que tenía y a Sara le resultó cada vez más difícil ocultar el nerviosismo que le subía por la garganta.

—Estás muy guapa.

—La Casa de los Principios debe de sentarme bien. Duermo como un lirón.

—Me alegro de que estés aquí.

Sara no sabía si de verdad se alegraba o lo decía por decir. Encontraba terriblemente seductora la energía que rodeaba a la extraña familia de la casita. Incluso sabiendo que era una intrusa en aquel lugar, se sentía incluida como nunca.

—Todo el que llega termina quedándose una larga temporada —continuó Tomás.

—Bueno, supongo que eso me excluye a mí.

No sabía por qué había querido dejar claro que estaba de paso cuando en realidad no quería marcharse. Una sombra pasó por el semblante de él.

—No, no te excluyo —contestó con voz suave.

Se inclinó hacia ella y la potencia seductora de su hechizo se intensificó. Se descubrió a sí misma mirándole los labios mientras Tomás le levantaba la barbilla. Iba a besarla.

Sara necesitó de toda su fuerza de voluntad para dar un paso hacia atrás. Durante unos instantes, se quedó sin respiración. Le temblaban las piernas. Era absurdo.

—¿Qué…? ¿Qué haces? —La voz le salió como un grito estrangulado.

—Iba a besarte.

—Eso ya lo veo, pero ¿por qué?

El corazón le martilleaba en el pecho. Sin borrar la sonrisa de su rostro, Tomás concluyó:

—Porque llevo deseando hacerlo desde la primera vez que te vi.

9

Mientras fotografiaba las habitaciones de la casa para su padre, Sara se sentía como una traidora. Pero Amelia le había dejado claro que no lo era cuando entró con el jarrón en las manos y los encontró, como si fueran púgiles en una pelea, tras el intento de beso. Los estudió con socarronería. Sara se sonrojó y desvió la mirada.

—Creo que es hora de que empecemos a negociar con tu padre, Sara. —Su voz sonó resuelta—. Así que es mejor que te pongas a hacer todas esas fotos que te pidió que hicieras.

Abrió la boca para hablar, pero captó el brillo en los ojos de Tomás y fue lo bastante sensata como para cerrarla. Se sintió una cobarde cuando escapó de la cocina con aquella excusa.

Ahora, intentaba concentrarse en el ritmo de su respiración y tranquilizarse. Centrarse en el trabajo que su padre la había enviado a hacer, por muy desagradable que le fuera. Esperaba que trabajar en algo le sirviera para aclarar las ideas.

La casa, además de un amplio desván al que se accedía por una escalera, tenía un total de cuatro habitaciones en la planta superior y apenas había podido vislumbrar su interior al caminar por el pasillo. Abrió una puerta. El dormitorio de Amelia. Estaba tan lleno de libros que era difícil ver otra cosa. Las estanterías colmaban las paredes y llegaban hasta el techo solo interrumpiéndose en cuatro sitios: donde estaba la cama, para dejar pasar la luz del día por la ventana y en las dos puertas. La de enfrente daba acceso a un baño con las paredes embaldosadas en verde, en el que una bañera grande y antigua, de esas de patas, descansaba orgullosa sobre el suelo de madera. Olía a lavanda, como en el dormitorio de María. Un jarrón con flores de esa planta hacía compañía al cepillo de dientes sobre el lavabo.

La habitación de Tomás le pareció intrigante. Reflejaba su personalidad en cada rincón, desde los artículos sobre vinos que estaban pinchados en un corcho hasta la amplia mesa atestada de libros, pasando por la cama, cuidadosamente hecha, cubierta con una sencilla colcha blanca o el suelo desnudo de alfombras. Olía a él, pensó. Un exótico contrapunto al perfume de lavanda de la habitación anterior.

Al final del pasillo, en la habitación de Irene, el cabecero de la cama lucía una guirnalda hecha a mano con lana y cuentas de madera. La pared estaba llena de dibujos pinchados con chinchetas y la combinación de colores resultaba reconfortante y vital. A Irene se le daba realmente bien dibujar: reconoció a Amelia, a Tomás, había varias acuarelas de los alrededores y personajes varios que no sabía quiénes eran. Una de las imágenes incluso le recordó a su madre. Luego, se dio cuenta de que también había un dibujo de ella. Irene la había dibujado sonriendo. ¿Cuánto tiempo hacía que no sonreía así? Los habitantes de La Casa de los Principios lo habían hecho posible de nuevo y ella se lo devolvía destrozando su mundo. ¿Qué podía hacer? Por mucho que protestara, suplicara y rogara, su padre no era de los que se dejaban convencer.

—Hola.

La vocecita de Irene la saludó desde la puerta. Sara se sintió una intrusa.

—Hola. Estaba viendo tus dibujos. Dibujas muy bien.

La niña esbozó una sonrisa.

—Gracias. ¿Qué piensas hacer?

Sara la miró confundida.

—¿Qué pienso hacer con qué?

—La magia de Amelia te trajo aquí. ¿Y ahora qué vas a hacer tú?

—¿Qué quieres decir con eso de que la magia de Amelia me trajo?

—Ella hizo su petición a la luna y tú apareciste.

—No fue la magia quien me trajo aquí. Me envió mi padre y de lo único que es mago es de las finanzas.

—Pensar así es mezquino.

—¿Mezquino?

—Me gusta la palabra. La descubrí el otro día.

—Yo no soy mezquina por no creer en la magia.

—Cualquier persona que no crea en la magia lo es.

Sara levantó las manos, desesperada.

—Pero… ¿es que nadie vive en la realidad en esta casa?

—¿Para qué? —La niña arrugó la nariz y se sentó en la silla dándole la espalda—. Ya tuvimos suficiente realidad en nuestras vidas. Se es más feliz sin ella.

Sintiéndose frustrada, Sara salió de la habitación y bajó las escaleras. Amelia estaba en la cocina, pelando zanahorias y patatas para una crema. Las ventanas abiertas al bosque traían el susurro verde y fresco del verano.

—¿Has terminado con las fotos?

—No, haré alguna más desde fuera. ¿Quieres que te ayude en algo?

—Ya que sales, ¿puedes recoger naranjas para la comida? —Le tendió un cuenco de colores.

Sara tomó el cuenco y salió al jardín. Todavía había rocío de la noche en la hierba que el sol tibio de la mañana hacía brillar. Dejó el cuenco en el suelo y empezó a recoger naranjas de las ramas más bajas del árbol. Aspiró el aroma de los frutos, fresco y aún húmedo. El silencio, solo roto por el sonido de la fuente y los trinos de los pájaros al fondo, era tranquilizador. La brisa, suave como un beso. No estaba acostumbrada a la casi irreal perfección de aquel entorno, sino al humo de las calefacciones, al aire enturbiado por el sonido de los cláxones y de las sirenas. «Qué maravilla de lugar. Si pudiera vivir aquí, es posible que dejara, como Irene, la realidad fuera».

De repente, en su mente se materializó una realidad alternativa en la que vivía en La Casa de los Principios, recorría los caminos de la mano de Tomás y salía cada mañana a recoger naranjas para Amelia. Le resultó mucho más sencillo imaginarse a sí misma escribiendo de nuevo, en la habitación de su abuela, con aquel cielo caleidoscópico de frente. Meneó la cabeza. Es peligroso desear aquello que no puede tenerse. Se alejó del naranjo cuando tuvo el cuenco lleno y sacó varias fotos de la fachada de la casa y del naranjo.

10

Amelia ya no estaba en la cocina cuando entró de nuevo. Dejó el cuenco sobre la encimera y volvió a salir al porche justo cuando una camioneta entraba por el camino. Esperaba que fuera Atilio o el cartero, pero cuando se abrió la puerta, quien salió fue su padre. Con su traje impecable y su maletín. Su corazón falló un latido.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, incrédula—. ¿Y esa camioneta?

La colisión entre el momento de paz de antes y la sorpresa del presente la arrasó como un choque entre dos trenes.

Su padre le dirigió una mirada helada.

—Mi coche se ha estropeado cerca del pueblo y ese hombre insufrible del taller, el de los tirantes, me ha dicho que estaba muy liado y que no podía traerme. Que me alquilaba la camioneta y que viniera yo mismo.

Se detuvo, furioso, y su mirada abarcó toda la casa.

—También me ha dicho que esto está ocupado. No me puedo creer que sepas desde el fin de semana que hay okupas en la casa de tu abuela y no hayas llamado a la policía.

Su tono de voz le produjo escalofríos a Sara.

—No son okupas. Ellos… ellos son la familia que la abuela María eligió. No podemos echarlos.

—Mi querida Sara, la única familia que tenía mi madre era yo. Así que por supuesto que podemos echarlos. He venido hasta aquí para llevarte de regreso a la ciudad.

Sara se escuchó decir:

—No.

Pero su padre, como siempre, no le hizo caso.

—Porque ayer contacté con una inmobiliaria de la zona y me dijo que se puede sacar un buen precio por esta propiedad. Ellos se encargarán de las fotos y de promocionarla.

—¡No!

—Estuve hablando bastante rato con ellos. Como hay un lago cerca, incluso podría derruirse la casa y construir *bungalows* para turistas. En fin, bastante goloso.

—¿*Bungalows*? ¿Te quieres cargar La Casa de los Principios, la casa

de tu madre, para llenar esto de turistas en *bungalows*?

Su padre hizo un gesto de incomodidad antes de decir:

—No es como si tuviera un millar de recuerdos familiares aquí. Y es una cosa para pensarse. Es dinero.

—Tienes ya bastante. No puedes echarlos para construir *bungalows*.

Su padre sonrió.

—El dinero pagó tu educación y la casa donde vives. En los negocios, no se puede ser sentimental, Sara. Venga, recoge tus cosas que volvemos a casa. Ya has perdido dos días de trabajo.

Sara se sintió como si la cargaran con bloques de cemento en los hombros, cada vez más pesados.

—Mi coche todavía no está reparado —protestó.

—Ya vendrá alguien a recogerlo.

—No voy a ir, papá.

Las palabras salieron de sus labios como por iniciativa propia. No las había pensado ni preparado. Su padre arqueó las cejas.

—No puedo mantener tu trabajo indefinidamente si no te incorporas, Sara —contestó con aspereza.

—Lo sé. Pero también siento que en este instante este es mi lugar.

—No puedes hablar en serio.

Parecía ofendido. Más que de costumbre.

—Completamente en serio —respondió Sara.

—Si estás sufriendo una especie de crisis…

—¡No es eso, papá! ¡Necesito tiempo! Que me plantee qué quiero hacer con mi vida sin que tú intervengas no significa que tenga una crisis nerviosa. Necesito tiempo para… para ser yo. Que tengas un buen viaje de regreso.

Giró sobre sus talones y descubrió horrorizada que Irene estaba en la puerta del porche y que debía haber escuchado cada palabra de la conversación. La niña, a punto de echarse a llorar, corrió hacia el interior de la casa mientras su padre subía furioso a la camioneta de Atilio y desaparecía por la carretera hacia el pueblo.

Sara se agarró las manos, que le temblaban tras la confrontación, y fue tras Irene. La niña estaba sentada en la cocina, muy pálida.

—¿Lo sabe Amelia? —preguntó.

—No he tenido tiempo de decírselo.

—Hay que contárselo.

—Sí, lo sé.

Irene se mostró más solemne. Sus ojos adquirieron una expresión atormentada.

—Tiene que hacer una ofrenda a la luna esta noche. Aunque llueva.

—¿Hacer qué?

—Invocar el poder de la tierra, de la luna y de las estrellas. Para

que nos ayuden.

Sara sintió un nudo en la garganta.

—¿La has visto hacer eso?

—¡Oh, no! Es una cosa suya, privada, pero cuando María estaba enferma, iba al bosque muchas veces y también encendía una vela azul en el porche.

—Pero María murió, Irene.

Ella dudó antes de continuar.

—Tu padre es… Tu padre no parece ser muy amigo de la magia.

En los labios de Sara apareció el asomo de una sonrisa.

—Estoy segura de que no.

—Está todo el rato tenso, como los tirantes de Atilio.

La niña tenía razón. Su sonrisa se desvaneció al recordar el daño que su padre podía causar a los habitantes de La Casa de los Principios. No sabía qué hacer para que no perdieran su hogar.

No tuvo mucho tiempo para pensar. Acababan de terminar de almorzar cuando escuchó el sonido de un automóvil en el camino de entrada de la casa.

—Otro coche —anunció Irene, y se levantó para mirar por la ventana.

Sara tenía curiosidad por saber quién había desafiado los baches de la carretera, así que también se levantó.

—¡Dios mío! —dijo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomás.

—Es mi coche.

Salieron al porche y Atilio y sus tirantes descendieron del vehículo.

—Su padre es todo un elemento, Sara —dijo el mecánico—. Antes de recoger su propio coche, ha dejado pagado el suyo. Al final, la pieza llegó antes. Me ha dicho que le deseaba un feliz viaje de vuelta a casa ahora que ya está listo.

Sara se quedó mirando el coche tan inesperadamente entregado.

—Solo que no me voy.

Tomás la miró con los ojos brillantes. Había algo vulnerable en su postura que hizo que Sara rectificara.

—Todavía —añadió.

—Pero ya tiene el coche arreglado.

—Sí, pero…

¿Cómo iba a quedarse? Sabía que tenía que regresar e intentar convencer a su padre de que no vendiera La Casa de los Principios. Pensó en la ciudad y en su piso triste, tan vacío después de la muerte de Eduardo, tan vacío como ella, pero ahora su imaginación no huyó horrorizada ante la idea del regreso. Su mente recorrió las habitaciones sin experimentar la sensación de soledad y de opresión que la asaltaba cada vez que estaba en la vivienda, sino solo tristeza

por lo que pudo haber sido y no fue. La vendería. En algún momento, en los días que llevaba en La Casa de los Principios, su subconsciente había tomado él solito aquella decisión. Se plantearía una nueva vida, con un nuevo trabajo, nuevas amistades, una vida más sencilla. Puede que le comprara a su padre la casa de su abuela. Y todo porque quería, porque le apetecía, porque sentía crecer brotes verdes donde antes solo había desierto. Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas, pero esta vez eran de alegría.

—Volveré a casa en un par de días si me dejan quedarme.

—Por supuesto que te dejamos, la casa es tuya —respondió Amelia.

—En realidad no, pero intentaré resolver eso —dijo Sara.

Los miró con cariño. Qué grupo tan poco homogéneo hacían, pensó. Amelia, tan práctica, con su delantal sobre el vestido de flores; Tomás, los ojos intensamente azules, el cabello rizado y esa postura tímida; e Irene, con la sonrisa brillante de la que sabe que va a comerse el mundo y el lazo mal puesto sobre la cabeza.

—¡Vamos! —exclamó alegremente—. ¡Vamos a estrenar el coche recién arreglado! ¡Os invito a cenar!

—¡A cenar! —gritó Irene—. ¿Al italiano?

—A donde tú quieras.

Amelia parecía complacida. Una ola de rosa suave le inundó las mejillas.

—Es muy amable de tu parte, Sara. ¿Seguro que quieres que vayamos todos?

—Por supuesto.

11

El restaurante estaba a rebosar, pero Tomás conocía al dueño y les hicieron un hueco en una acogedora mesa en la terraza bajo un almendro en flor. Los árboles y las luces entrelazadas en las ramas conferían al lugar un encanto mágico. Desde la terraza, podía verse la plaza del pueblo y, al fondo, el horizonte arropaba el sol entre sus sábanas.

Sara pidió una copa de vino blanco y se relajó, dejando que los demás disfrutaran de la cena entre risas. Gruesas rodajas de tomate con *mozarrella*, albahaca fresca y aceite de oliva. Pasta fresca con *ricotta* y berenjena finamente troceada. Un tiramisú, suave como las nubes, con sus capas de chocolate, mascarpone y bizcocho borracho. Una vez que el plato de postre estuvo limpio y los cafés apurados, Sara se limpió los labios con una servilleta y pidió la cuenta. Tomás la miró, apurado.

—¿Seguro que quieres pagar tú? —preguntó.

—Claro que sí.

Por menos de 100 €, les había dado las gracias por despertarla de su tristeza y por los días que habían pasado cuidándola. Posiblemente, pensó, también había mitigado un poco lo culpable que se sentía por no poder ayudarlos demasiado.

La sensación de euforia inundaba a Sara y le impedía conciliar el sueño. Los acontecimientos del día habían vencido a los demás y en el pasillo, si prestaba atención, podía escuchar las respiraciones pausadas de los inquilinos, que dormían, pero ella se sentía llena de energía y de decisión, cosa tan inusual desde la muerte de Eduardo que no le importó no tener sueño. Tendida en la mullida cama de su abuela, entre las sábanas frescas y la gruesa manta de lana, contempló cómo los rayos de la luna se filtraban a través de las ramas del naranjo y acariciaban los lomos de los libros en la estantería. Las dificultades empezaban a quedar atrás y el nudo de angustia en la boca del estómago parecía haberse diluido en alguno de los sorbos de vino de la cena. Dejó volar la imaginación hacia los días siguientes creando planes y pensó en que tendría que enfrentarse a su padre si quería

cambiar su futuro. A pesar de las perspectivas poco halagüeñas, sonrió. Había conseguido dar un paso adelante y, a partir de ahora, todo sería distinto.

Mejor iba a ser que leyera un rato. Se levantó descalza y recorrió con el dedo las baldas de libros mientras hacía un inventario silencioso y, finalmente, escogió uno: el gastado ejemplar que su abuela tenía de *La historia interminable*.

«Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita, pero, naturalmente, solo se veía así cuando se miraba a la calle a través del cristal, desde el interior en penumbra».

Se sentó en la cama y levantó el libro para leer más a gusto. Unos segundos después, sus gritos despertaban a todos los habitantes de La Casa de los Principios.

Todos salieron de sus habitaciones medio adormilados mientras Sara, descalza en medio del pasillo, agitaba dos hojas de papel y gritaba: «¡Lo he encontrado!».

—Espero que sea algo digno de encontrar —refunfuñó Amelia.

—¡Mira! Mira lo que dice aquí: «Yo, María Flavín, en pleno uso de mis facultades, dejo la propiedad de La Casa de los Principios a mi compañera de vida, Amelia Navarro…».

Amelia abrió mucho los ojos y se llevó una mano a la boca.

—¡Dios mío! —Tomás le arrebató a Sara los papeles de la mano para verlos—. ¿Dónde has encontrado esto?

—En el libro de *La historia interminable*.

—Siempre fue su favorito. —La vocecita de Irene sonaba muy alegre—. Buscamos por todos lados, pero no se nos ocurrió mirar dentro de los libros.

—¿Será legal? ¿Servirá? —La mirada de Tomás reflejaba ansiedad.

—Habrá que preguntarlo —dijo Sara—, pero creo que esto será suficiente para convencer a mi padre de que os ayude. Aunque no sea legal.

—¿Seguro?

Bajo la luz de la luna, el delicado perfil de Amelia permaneció un instante inmóvil, como si fuera una estatua. Tomás, junto a ella, deslizó la mano por sus hombros en un gesto consolador.

—Pensó en ello, después de todo —murmuró para sí. Y luego levantó la vista y, con una sonrisa, dijo—: ¿Por qué no bajamos a la cocina? Voy a hacer una tisana. No creo que pueda dormir después de esto. Así lo leemos con calma.

Se sentaron alrededor de la mesa, con el silencio invadido solo por el agua hirviendo en el fuego. Tomás sirvió las tazas a cada uno sin preguntar si quería o no azúcar. «Como ocurre cuando eres familia», pensó Sara, sintiéndose arropada.

—¿Cuándo lo escribió? —preguntó Irene.

—Lo fecha el 27 de octubre, el año anterior a su muerte —contestó Tomás.

—Probablemente, fue después de que tuviera aquella neumonía, ¿te acuerdas? —Amelia dio un sorbo mientras revisaba las dos páginas manuscritas.

—¿Hay algún abogado en el pueblo? —quiso saber Sara—. Podríamos preguntarle mañana y, así, cuando yo me vaya, podré enfrentarme a mi padre con más armas.

—Sí, hay un pequeño despacho de abogados en uno de los laterales de la plaza.

Irene miró a Sara con sus ojazos oscuros.

—¿Lo ves, Sara? Te lo dije.

—¿Qué me dijiste?

—Que la magia funcionaba.

—No ha sido magia, sino una casualidad.

—Las casualidades no existen —la secundó Amelia.

Sara analizó la cadena de acontecimientos que la había llevado a estar donde estaba ahora: la muerte de Eduardo, el dolor de la traición, el encargo de su padre, la avería del coche…, y se sorprendió pensando en que la vida era muy extraña resolviendo sus propios entuertos.

12

Se despertó a las seis de la mañana, con el corazón latiendo a mil por hora por una pesadilla. Afuera los grillos se habían calmado y el sol empezaba tímidamente a desplazar a la luna. Esperaba no haber gritado. Se levantó sin hacer ruido y se asomó al pasillo, pero la casa estaba en silencio. Las emociones de la noche anterior habían vencido a sus ocupantes. Sabiendo que no iba a ser capaz de volver a conciliar el sueño, Sara se vistió, cogió un par de galletas de la cocina y salió. Olía a manzanas maduras y a flores. La hierba, suave y fresca por el rocío, le acarició los tobillos, juguetona, pero la pesadilla había instalado de nuevo la oscuridad en su interior y las alegrías de la noche parecían estúpidas ahora. ¿Podría convencer a su padre de que respetase el testamento? Sabía que, aun así, Amelia se iba a ver desbordada de gastos. Una cosa era que su padre le dejara La Casa de los Principios a ella y otra, que pagara él todo. Impuestos de sucesión. Electricidad. Agua. Gas. La vida le pareció caprichosa y carente de razón. A estas alturas de la semana, seguro que su empleo ya no existía —nadie mantiene a un empleado que no trabaja en la empresa privada— y era dudoso que pudiera volver a escribir de nuevo. Y mientras ella se lo pensaba, miles de autoras jóvenes con mucha más simpatía que ella en las redes sociales no paraban de publicar como churros. Pensó en Tomás y sintió un desagradable hormigueo de ansiedad. Incluso Tomás se aburriría de ella en cuanto se fuera. Se sentía dividida entre la urgencia de quedarse en La Casa de los Principios y la necesidad de volver a su vida. «Soy una verdadera fracasada», pensó con amargura.

Una brisa suave agitó los árboles que circundaban la entrada. Se sentó al lado de la fuente, en el sitio donde por primera vez vio a Tomás, procurando no marchitar al hacerlo los pequeños ramos de flores amarillas con los que la trebina la adornaba. Y escondió la cabeza entre los brazos. Instantes después notó que había alguien a su lado. Sobresaltada, levantó la vista. Había una mujer allí, mirándola. Delgada, con el cabello oscuro, recogido en una cola de caballo y una sonrisa en la cara.

—¡Tú! —jadeó.

Su madre se sentó amigablemente a su lado, ajena a la mirada de asombro de Sara. Porque era su madre, aunque tan guapa que no parecía la madre de nadie.

—Bueno, creo que se ha descubierto el pastel. Si tu padre se entera de que estoy aquí, me va a montar la de San Quintín.

—Pero… pero… —tartamudeó Sara—, ¿no vivías en Tanzania?

Ella se encogió de hombros.

—Ya ves… Cuando me fui de casa… No, espera. Tendré que contártelo de otra forma. Me fui de casa porque soy alcohólica.

—¿Cómo? ¿Por qué nadie me ha contado nada de esto?

Eva suspiró y bajó la mirada a las florecillas de la fuente.

—No tenía ningún sentido contártelo. Tu padre llegó una noche a casa de trabajar y me encontró borracha, dormida en el suelo. Tú tenías fiebre, te habías caído de la cuna y estabas en el suelo de la habitación con un traumatismo en la cabeza. Estuviste en el hospital varios días. Creo que fue la gota que colmó el vaso —se echó a reír—. Nunca mejor dicho.

—Pero…

—Decidió ingresarme en un centro de desintoxicación, pero no fue bien. Volví a recaer. Varias veces. Tu padre empezaba a tener problemas en el trabajo por mi causa, así que decidí irme.

—¿Y abandonarme?

—No te abandoné —contestó Eva—. Era la única manera que se me ocurría de protegerte: guardar las distancias. Yo no era una buena influencia para ti. Y era dañina para tu padre.

—¿Y viniste aquí?

—Daniel se había avergonzado tanto de su madre siempre que pensé que no se le ocurriría buscarme aquí. ¿Y qué mejor sitio para empezar a reconstruir tu vida que La Casa de los Principios?

—Estás de broma. Tienes que estar bromeando. ¿Te viniste a pasar el mono con tu suegra?

—Lo cierto es que no tenía ningún sitio a dónde ir. Y María era maravillosa, Sara. Ahora puedo decir que llevo sobria mucho tiempo gracias a ella.

—Entonces… —Sara empezó a atar cabos—, tú eres la vecina, la de la bombona.

Su madre sonrió.

—Me encantan los juegos de Irene. —Le dio una palmadita en la mano a su hija—. Siento mucho haberme perdido los tuyos, hija.

En el interior de Sara se agolparon cientos de reproches, pero los reprimió hasta convertirlos en una pequeña pelota compacta que desplazó a un rincón oscuro de su mente.

—¿Eres médico? ¿O eso también es mentira?

—Lo soy. Soy la médico de familia que trabaja en el consultorio del

pueblo.

—El consultorio del pueblo, Tanzania, igualitos.

—Se parecen bastante más de lo que crees.

—Y… ¿por qué no has vuelto a casa?

Eva le dirigió una mirada cansada.

—Porque no creo que tu padre quisiera.

Sara estaba estupefacta.

—Te veo bien —dijo—, mucho mejor de lo que te he visto cuando vas a vernos. Cuando vienes, pareces una mujer sometida a examen. Siempre estás tensa.

—Tu padre me vigila con ojo de águila.

—Pero no te has divorciado.

Una sombra cruzó por el semblante de Eva.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no he dejado de quererlo. Antes de que el alcohol me robara la vida, éramos muy felices.

—No me imagino a ninguna mujer siendo feliz con papá.

—Perdónalo. Perdónanos a los dos, Sara. No es contigo con quien está enfadado, sino conmigo. Creo que le debe frustrar muchísimo que no sigas sus pasos, sino que parece que vas por mi camino. El de la locura.

—¿El de la locura?

—No creo que entienda tu bloqueo creativo.

—¿Cómo…?

—Amelia me ha contado que te cuesta escribir ahora.

—No he hablado contigo desde que te llevaste mis libros, la última vez. ¿Los has leído?

—Por supuesto.

Sara esperó con ansia su opinión, pero al ver que seguía callada, dijo:

—No te gustaron.

—Claro que me gustaron. Están brillantemente escritos, pero…

—¿Pero?

—Las protagonistas de tus libros son frágiles. Personas de cristal. Y eso me preocupaba, que no fueras feliz en tu vida. —Entrelazó las manos alrededor de la rodilla y subió esta hasta el pecho—. No sé cómo explicarlo. Tus personajes no tienen alma, como si se la hubieran robado. Y alguien tuviera que rescatarlas de sí mismas.

Sara se dio cuenta de que cualquier otro escritor se hubiera indignado al escuchar la crítica, pero su madre tenía razón. Contestó con tristeza:

—Llevo un año siendo de cristal. O más. No lo sé.

—Pues creo que has venido al sitio perfecto para empezar a

reconstruirte. ¿Te gusta Tomás?

Sorprendida por el brusco cambio de tema, Sara contestó:

—Pues sí. Es un encanto de persona, aunque Amelia no debería buscarle una niñera. Es insultante.

Su madre se rio.

—A mí me pareció genial.

—¿Genial?

—Sí, verás, Tomás fue un niño difícil para María y Amelia, pero consiguieron que se sintiera querido. Durante toda la carrera, trabajó para pagarse los estudios. No creo que tuviera demasiado tiempo para enamorarse entonces. O no le llegó la persona apropiada. Y cuando terminó, María se murió y Amelia se quedó sin nada. Es Tomás quien mantiene todo y Amelia no quiere que se quede solo. Me pareció de lo más tierno que intentara buscarle compañera.

—Tomás me gusta mucho.

Su madre sonrió y Sara decidió cambiar de tema.

—Irene dice que Amelia puede hacer magia.

Eva se rio entre dientes.

—Bueno, ya has visto su huerto de hierbas aromáticas. Incluso cuando hay sequía, sus verduras crecen. Tiene un poder extraño.

—¿Tú también crees que es una bruja?

—Lo veo de esta manera: tiene algo inexplicable, una conexión íntima con la naturaleza que no puedo explicar de forma científica.

Su madre la miró en silencio. Sara se removió incómoda bajo su escrutinio.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin.

—Me alegro mucho de que estés aquí, Sara —contestó Eva, como le había dicho Tomás.

Sara hizo un gesto quitándole importancia y se recordó a sí misma que no debía ponerse a la defensiva con su madre.

—Yo también me alegro —dijo.

13

Su madre se había ido hacía ya rato, pero Sara seguía sentada al lado de la fuente, pensando. Se sentía envuelta por la profundidad del silencio con olor a naranjas del jardín. Estaba todo tan callado que corría el peligro de escuchar sus miedos. Un sonido rompió el encanto.

—Todo un personaje, tu madre —dijo Tomás, sentándose a su lado.

Sara lo miró con los ojos entornados, pero no contestó.

—Me gusta mucho —continuó él—. Tiene sentido del humor.

—Supongo que cualquier mujer que esté casada con mi padre lo necesita para sobrevivir. Aunque no se vean demasiado.

Se produjo una leve pausa, quizá no duró más de una décima de segundo.

—El sentido del humor es necesario para sobrevivir en cualquier situación.

Tomás esbozó una sonrisa al decirlo. Tenía la boca más *sexy* que Sara había visto nunca. Intentó imaginar lo que estaba sintiendo. Había muchas cosas en aquel hombre que le faltaban por conocer y se moría por completar el rompecabezas.

—¿Te pasa algo?

Sara bajó la cabeza e intentó mantener el sonrojo a raya. Lo había estado mirando fijamente. «Respira —se dijo—. Respira». Se le había quedado la boca seca.

—No, yo…

—¿Estás nerviosa?

—Un poco. Tú me pones nerviosa.

—¿Por qué?

—Porque no te conozco casi. Pero me atraes. Mucho.

—Pareces sorprendida.

—Lo estoy.

—¿Y qué te sorprende? ¿Que no me conozcas mucho o que te atraiga? —se rio—. Creo que necesitas salir más.

—Lo dice el que vive en el culo del mundo.

—Me encanta el lugar donde vivo.

—A mí también.

—Ven conmigo. Quiero enseñarte algo.

Le tendió una mano callosa que Sara agarró y se dirigió con ella al huerto en la trasera de la casa, donde empezaban los campos de vides y una hilera de manzanos cargados de fruta. Tomás arrancó, con extrema delicadeza, una manzana de una de las ramas bajas del árbol y se la tendió a Sara. Estaban tan cerca que ella podía percibir su olor masculino mezclado con el de las frutas.

—Pruébala.

Ella dio un mordisco a la manzana. Sintió su frescura ácida en la boca.

—Deliciosa. Sabe a verano.

—Muy poético —dijo él con una sonrisa—. Son manzanas reinetas. Estoy empezando a hacer sidra con ellas. Y a venderla.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Esto —él hizo un gesto con la mano que englobaba las vides y los manzanos— es mi proyecto de vida. Quiero tener una bodega. Quiero que mis vinos y mis sidras acompañen a todo el mundo en sus celebraciones. Por ahora me falta el dinero para llevarlo a cabo, pero lo conseguiré. Ya me conoces un poco más. ¿Qué quieres tú?

Sara exhaló un tembloroso suspiro, un aliento que ni siquiera se había dado cuenta de que estaba reteniendo. Tomás parecía muy seguro de sí mismo. Lo estudió bajo la luz dorada del sol, cómo las sombras del manzano jugaban con sus rasgos. Y luego recordó que le había hecho una pregunta.

—Yo…, mírame —contestó—, soy un desastre. No sé qué es lo que quiero. De adolescente, soñaba con vivir en medio del campo y escribir mis historias.

Tomás soltó un leve gruñido.

—¿Y por qué no lo haces?

—Por la misma razón por la que tú no puedes dedicar al vino todo tu tiempo. No tengo dinero. Y mi trabajo, si es que todavía lo conservo, no está demasiado bien pagado.

—¿Sabes? A veces cuando no tienes dinero, lo que debes gastar es tiempo. Al principio, amaba los viñedos solo por su belleza. Luego me di cuenta de que, si quería conocer los rudimentos de hacer un buen vino, debía invertir tiempo, emoción y esfuerzo en ellos. Hago lo que hago porque me encanta, es lo único que he querido hacer en toda mi vida. Y nada va a desviarme de conseguirlo. ¿Lo tienes tú tan claro?

Sara notó que se le formaba un nudo en el estómago.

—Creo que no.

—Eso es lo que te impide hacerlo. En el momento en el que confíes totalmente en ti, vencerás el bloqueo.

—Lo he intentado ya y he fracasado.

—El fracaso no es un punto y final. Solo es un punto y seguido. Vuelve a intentarlo. Eres más dura de lo que piensas.

Tomás volvió a sonreír y Sara notó que el corazón le daba un vuelco, esta vez mucho más profundo, como si su corazón hubiera decidido tirarse desde un avión sin paracaídas. Él se acercó a ella.

—Tomás…

Él la sorprendió acariciándole un hombro.

—Has sufrido un trauma, pero no debes torturarte por no ser capaz de dejarlo atrás. Lo solucionarás. A veces basta con saber qué es lo que vas a hacer a continuación. Solo necesitas tiempo.

Sara dejó escapar un suspiro. Permaneció un instante callada, dejando que las palabras de Tomás entraran en su mente como el agua del lago, fresca y vivificante.

—Tampoco tengo demasiado tiempo —contestó—. Estoy como paralizada desde hace un año y tengo miedo de qué ocurrirá cuando deje de estarlo. Tengo miedo de empezar a pensar y de tomar decisiones. Mi padre empieza a estar harto de mí.

—Entonces es él el que tiene el problema, no tú. Cuando alguien espera que se lo den todo, suele acabar con las manos vacías. No permitas que tu padre gobierne tu vida, es tuya.

Sara se echó a reír.

—Empiezas a gustarme mucho, Tomás.

—Tú también me gustas mucho a mí.

Le acarició la mejilla, le colocó una mano en la nuca, le enterró los dedos en el pelo y la besó. Así, sin mediar palabra. Con dulzura. Se pegó a él por puro instinto. Sus puños se cerraron sobre la camiseta de Tomás mientras lo saboreaba, sus labios cálidos, su olor, el roce de la barba, la fuerza de los brazos que la sujetaban… Cerró los ojos y se entregó a aquella sensación.

Parecía que hubieran pasado horas cuando se separaron.

—¿Qué…? —Sara era incapaz de articular una frase entera.

Él volvió a besarla, rápidamente pero con fiereza.

—Sabes a manzanas.

Ella sonrió, él alzó la mano y le rozó la mejilla con los labios.

—Tengo que irme a buscar unas cosas al pueblo —dijo—, pero luego seguimos. Si quieres.

Y, sin más, se marchó dejándola sola en el huerto. Sara se sentó en una piedra. Hacía algo de fresco, pero necesitaba tomar aire. Una sutil e inesperada sensación de alivio empezaba a inundarla. No estaba paralizada, como le había dicho a Tomás, ya no. ¿Cómo podía alguien pasar de la absoluta desdicha a la insensibilidad? Ya no le importaba. Eduardo estaba muerto y sí, le había sido infiel, había roto todas las promesas que le había hecho, le había mentido, pero ya no le importaba. Se sentía vacía de rencor por primera vez desde hacía un

año. Soltó una carcajada breve. La vida era una espiral que no dejaba de girar.

Un silencio curioso había descendido sobre el campo, como si estuviera preparándose un cambio de escena en el paisaje. Incluso las cigarras habían dejado de chirriar. Solo se escuchaba algún pájaro distante. El sonido de un coche en la carretera a lo lejos. Se dio cuenta de que su mente empezaba a buscar palabras con las que describirlo todo. Palabras. Una compulsión extraña la había llevado a componer historias desde pequeña y sabía que, sin ella, sin ese hábito, se sentía incompleta. Era muy probable que, siendo hija de dos padres que no querían verse, esa compulsión viniera dada por su necesidad de escapar de la realidad, tal vez por eso escribía historias de amor, porque había pasado su infancia en campamentos de verano sola y muy lejos de su familia.

Puede que la necesidad de Tomás de que la gente disfrutara con algo que él hacía partiera de un punto similar, tal vez el niño maltratado buscaba de esa forma ser reconocido por los demás.

Notó en la garganta de nuevo el cosquilleo de una risa atolondrada. Una hormiga irritada, por encontrar en su camino hacia el hormiguero su pierna, intentaba esquivarla sin resultado. Sara decidió solucionarle el problema y se levantó dirigiéndose a la casa. Seguro que Amelia había hecho alguna infusión.

14

Efectivamente. Amelia había dejado una tetera caliente llena de té con menta en la mesa de la cocina con una nota en la base: «Me he ido al abogado con Eva». Una nube oscureció por un instante la habitación. Sara esperaba que no tuviera más decepciones, que pudiera conservar su hogar. Una expresión de desasosiego le cambió el semblante al darse cuenta de que, si Amelia no lo conseguía, todos los sueños de Tomás también se irían al garete. Pensativa, consideró su propia situación. En su cuenta de ahorros había una pequeña cantidad que les sonaría a suma fabulosa a los habitantes de La Casa de los Principios pero que apenas le llegaría a ella para mantenerse durante cuatro meses en la ciudad. Había aceptado trabajar para su padre para no tener que tocar ese dinero. Pero más le valía asumir que no iba a haber siguientes libros y que tendría que encontrar otro trabajo. Cosa que sabía que era muy difícil de conseguir.

Se sirvió una nueva taza de té con menta porque necesitaba algo cálido que atemperara su ánimo. Tal vez su madre pudiera aconsejarla. Ahora tenía a su madre para hablar con ella siempre que quisiera. Le parecía increíble. La idea se unió al té para darle calorcillo en el corazón. Estaba sirviéndose una tercera taza cuando un *jeep* de color negro empezó a levantar polvareda por el camino hacia la casa.

Salió a la puerta preguntándose dónde estaría Irene.

—Buenos días. —Un hombre calvo y redondo como un huevo descendió del vehículo y le tendió una tarjeta de visita—. Soy Israel Domínguez. Vengo a tasar la propiedad del señor Flavín.

Sudaba a mares dentro de un traje de marca. Sara se dijo que de nada serviría impedir a aquel hombre que hiciera su trabajo, aunque este, si el abogado daba buenas noticias, no le sirviera de mucho.

—Buenos días —contestó—. Espero que tenga usted un mapa.

El señor Domínguez hizo un gesto de incomodidad.

—Tengo el mapa del catastro.

Sara agitó una mano indolente hacia los árboles del sendero.

—Pues usted mismo —contestó. Y se metió dentro de la casa, dejando que el señor Domínguez, con su traje y su corbata, se perdiera entre los helechos.

Instantes después, un segundo coche con Eva al volante aparcó detrás del *jeep* negro. Amelia, aferrada a su bolso con un rictus nervioso, descendió del vehículo.

—¿De quién es este coche? —preguntó a Sara, que había vuelto a salir al porche.

—De un tipo que ha enviado mi padre para tasar la propiedad.

Eva hizo un chasquido de pesar con la lengua.

—Tu padre no cambia —dijo.

—¿Qué ha pasado en el abogado?

—Lo tenemos difícil —respondió Amelia—. El testamento, a pesar de que se ve que está escrito por ella, no está firmado ante notario. Pero todavía estamos en plazo de presentarlo ante uno: cinco años, nos ha dicho para testamentos ológrafos.

—Esa palabra le gustaría a Irene.

Amelia esbozó una sonrisa.

—Seguro.

—¿Y el dinero?

—¿Qué dinero?

—El dinero que mi padre heredó cuando murió mi abuela.

—El abogado dice que los hijos tienen derecho a dos tercios de la herencia de su madre por ley. Así que ese dinero le pertenece. Tampoco quiero quedarme con nada que no sea mío, pero es que este es mi hogar…

El señor Domínguez eligió ese momento para salir de entre la maleza, con el rostro enrojecido.

—Me gustaría saber si tienen alguna escritura de la casa dentro. El señor Flavín no la tenía y estaría bien saber cuántos *bungalows* podrían caber en la zona del lago.

—¿*Bungalows*? —Amelia miró al señor Domínguez como el que levanta una piedra y encuentra una enorme cucaracha calva—. Escúcheme bien, señor como-se-llame…

—Israel Domínguez.

—Me da igual —lo interrumpió Amelia, levantando un dedo amenazador—. En esta tierra no van a construirse *bungalows* para turistas. Les echaré un maleficio.

—¿Cómo dice usted?

—Lo que oye. Que, si lo hace, levantaré a los muertos de sus tumbas para que asusten a los turistas.

—Señora, no lo estará diciendo en serio.

—Y tan en serio. ¿Quiere usted probar?

El señor Domínguez levantó una mano temblorosa y empezó a recular hacia su coche, tropezando con la maleza que rodeaba la casa.

—Estoy pensando que mejor va a ser volver otro día con el señor Flavín.

—No —espetó Amelia—, lo mejor va a ser no volver nunca.

Sara tuvo que contener la risa mientras el ofuscado señor Domínguez subía a su coche y se iba a toda prisa.

—Por Dios, Amelia, hasta yo me he creído que eras una bruja.

—Lo soy.

Sara pensó que Amelia tenía un extraño sentido del humor.

—Vale, haces magia negra y esas cosas.

—No, Sara, magia negra nunca. Es verdad que no puedo levantar a los muertos de las tumbas, aunque, por cómo se ha ido el señor Domínguez, mi mentira ha sido convincente. Mi magia es curativa y totalmente blanca. Jamás haría daño a nadie.

Sara abrió la boca y se dio cuenta de que su madre sonreía. Decidió averiguar de qué iba todo aquello.

—Amelia no es un nombre muy de bruja.

La interpelada la observó con unos ojos como dagas.

—¿Y qué nombre consideras apropiado para una bruja?

—No sé. ¿Maléfica?

—Has visto demasiadas películas.

—Pero es que… no es creíble esto, Amelia.

De pronto, una brisa cálida empezó a soplar y agitó los arbustos que rodeaban el porche. Era una sensación maravillosa, como una caricia que revolvió el cabello de Sara y le acarició el rostro. Un viento dócil, como si fuera una canción. Las tres se quedaron en silencio. Amelia tenía la cabeza ladeada y los ojos entrecerrados, en comunión con el lugar. Luego, volvió a abrirlos y preguntó:

—¿Te ha gustado?

—Me… me ha encantado —tartamudeó Sara.

—Nunca desprecies algo porque no lo entiendas.

El tono de Amelia cuando desapareció dentro de La Casa de los Principios era suave, como si pretendiera aplacarla.

—Te lo dije —susurró Eva.

15

Tres horas más tarde, Sara todavía estaba aturdida. Encontró a Tomás en la bodega: un espacio enorme en la zona inferior de la casa con grandes toneles en los que el mosto envejecía. Tenía una copa en la mano y hacía girar el vino con suavidad.

—Hola —saludó.

Él levantó una mano y metió la nariz en la copa. Estaba absolutamente concentrado en su trabajo.

—Amelia es una bruja —continuó Sara.

Tomás hizo una mueca y volvió a mirar el vidrio al trasluz.

—¿Y?

Tomó un sorbo, dejó que el vino reposara en la boca moviéndolo hacia los lados y luego lo escupió en un barreño.

—Hay que dejar que envejezca un poco más.

—¿Amelia?

—El vino.

La enjuagó en el fregadero y volvió a llenarla. La levantó a la luz.

—Muchas cosas necesitan tiempo para ser perfectas —dijo.

—¿Desde cuándo eres filósofo?

—¿Es una pregunta retórica o quieres una respuesta?

—Ahórratela. Vale, lo asumo. Amelia es una bruja. ¿No puede hacer algo de magia para arreglar el tema de la herencia?

—Me temo que no. Su magia es una magia natural, no puede sacarse dinero de la chistera. Ojalá pudiera. El abogado le ha dicho que para conservar la propiedad debe pagarle a tu padre los gastos que La Casa de los Principios le ha generado en estos años.

—¿Es mucho dinero?

—Muchísimo. Podríamos vender los terrenos y conservar la casa para poder pagar eso y al abogado, pero…

—Pero entonces no habrá vino, ni sidra.

Él esbozó una sonrisa triste.

—Exacto.

—¿No hay nada que podamos hacer?

—Un buen viticultor tiene paciencia para conseguir la cosecha perfecta. Siempre hay algo que podemos mejorar. Creo que

necesitamos algo de tiempo para tomar una decisión o para tener un golpe de suerte. Lo malo es que no tenemos ese tiempo y mis vides se llenarán de *bungalows*.

A Sara se le puso la carne de gallina solo de pensarlo. Tuvo que hacer un esfuerzo para no frotarse los brazos.

—Toma, prueba esto. —Tomás le acercó la copa de vino.

Sus ojos estaban tan tristes que a ella le habría encantado catar su boca. Pero dejó que el vino tocara su lengua para comprobar su dulzura.

—Está lleno de matices.

—¿Por ejemplo?

—Toques florales, ¿pimienta? Sé muy poco de esto, pero me parece delicioso.

Tomás alineó unas botellas.

—No te imaginas lo delicioso que es. Perdona. Puedo ponerme muy pesado si me dejas que empiece a hablar de vinos.

—No me importa. Me encanta escuchar a la gente cuando algo le apasiona.

—Cuando termine de embotellar, si quieres, te hago una cata.

—Será un placer.

A él se le formaron unas arruguillas de risa junto a los ojos.

—El placer será mío. Seguro.

A Sara se le aceleró el corazón.

—¿Ah, sí? —contestó, confusa.

Tomás dejó la copa encima de un barril, despacio. Después, muy lentamente, extendió la mano y tocó la cintura de ella como si fuera muy frágil. Con un tirón delicado, la acercó a él y luego, bajó la cabeza y la besó.

El mundo desapareció para Sara. La caricia fue tan dulce como el trago de vino. Sus labios, suaves y tiernos, estaban cargados de promesas. Era la mejor sensación del mundo. Retrocedió, confusa.

—Bueno…

—Eso es exactamente lo que pienso yo —susurró él con una sonrisa —. También quiero tomarme tiempo contigo.

—Es posible que esto no sea buena idea.

—Es la mejor idea que he tenido nunca. Mucho mejor que la de ser viticultor.

Un escalofrío de anticipación estremeció a Sara. Todo en él era irresistible, se dijo. Pero, cuando hablaba del vino, se encendía. Los sueños podían transformar a una persona, pero también la convertían en vulnerable al fracaso. Odiaba pensar en los *bungalows* que quería construir su padre. Tenía que ayudarlo de alguna manera.

—Voy a ver a mi madre —dijo.

—Vuelve después —respondió él—. Y haremos una cata en

condiciones.

Hubo algo en su tono que la hizo quedarse quieta antes de salir y contener la respiración. Salió sin responderle.

Mientras recorría el camino que separaba La Casa de los Principios de la pequeña casita de Eva, la mirada de Sara se fue a las viñas. Las plantas festoneaban la ladera de la montaña con sus hojas. Los densos racimos de uvas parecían joyas entre el verde. Todo estaba aparentemente en silencio, pero al cerrar los ojos percibió los sonidos del campo destacándose uno a uno como si quisieran llamar su atención. El suave susurro de la brisa agitó las parras como si pidieran auxilio. Sara enfiló el angosto sendero entre los árboles hacia donde vivía Eva.

La casita de su madre parecía todavía más una casita de muñecas bajo el sol. Golpeó con fuerza la puerta pintada de rojo con un picaporte de latón, tan liso y resplandeciente como la madera sobre la que estaba.

—Hola —saludó su madre—. Pasa. ¿Quieres tomar algo?

Sara se acercó a una butaca que estaba dispuesta frente a la chimenea y se dejó caer en ella, percatándose de pronto de que aún le temblaban las piernas tras el beso de Tomás. Su mirada vagó por la sala. Una de las paredes estaba cubierta de estanterías abarrotadas de libros. Una cesta de madejas de lana descansaba sobre una mesa rústica apoyada contra la pared. Encima de la mesa, colgaba un espejo enorme. Las dos butacas se desperezaban frente a la chimenea, que subía por la pared con una estructura metálica tubular. Una ventana enorme enmarcaba el exterior como si fuera un cuadro. No había televisión. El conjunto era muy acogedor.

—Un té sería estupendo —dijo.

—Con limón, ¿verdad?

Su madre desapareció por el pasillo y reapareció al cabo de un rato llevando una bandeja con un plato de galletas y dos tazas de té humeantes.

—Esto es muy bonito.

—Me alegra que te guste. —Le tendió una de las tazas—. He ido haciéndome un rincón propio poco a poco.

Sara cogió la taza con las dos manos y se sintió confortada con el calor de la cerámica.

—Quería hablar contigo. —Caviló un momento y se corrigió—. Necesitaba hablar contigo.

—Tú dirás.

—Tomás me ha contado lo del abogado.

Su madre asintió, animándola a continuar.

—Hay pocas esperanzas de que puedan conservar los terrenos, incluso suponiendo que papá se preste a negociar con ellos.

Su madre cambió el tono de voz como si se diera cuenta de qué había ido a hacer allí Sara.

—Sí —dijo sucintamente.

—Eso le rompería el corazón a Tomás.

—¿Qué es lo que has venido a decirme, Sara?

—Si hay una persona capaz de convencer a papá, esa eres tú.

—¿Por qué crees que me escucharía?

—Puede que no lo haga, pero nada se pierde con intentarlo.

16

Tomás había hecho la cena. Una sopa de verdura con patatas, tomate, cebolla y espinacas, con un delicioso toque de hierbas.

—Amelia se ha ido al bosque —explicó.

Se sentaron los tres —Irene, Tomás y Sara— a la mesa frente a las dos velas encendidas. Las llamas titilaban con la brisa, cargada del aroma a tierra cálida, que entraba por la ventana. La luz de las velas perfilaba los rasgos de la cara de Tomás y convertía los ojos de Irene en dos puntos brillantes cargados de esperanza.

—Se ha ido al bosque a hacer su magia —dijo la niña, metiéndose una cucharada de sopa en la boca.

—No has vuelto a la bodega. ¿Has hablado con tu madre? —le preguntó Tomás a Sara sin hacer caso al comentario de Irene.

Ella asintió.

—Intentará convencer a mi padre. A ver qué se consigue por ahí.

—Si no cede, tendremos que rendirnos —contestó él, desanimado.

Sara pensó que su padre estaría mucho más interesado en los rendimientos de vender el terreno para construir *bungalows* que en lo que su madre le pidiera, pero no comentó nada. Se aclaró nerviosamente la garganta.

—Hay algo más que tengo que deciros.

Irene y Tomás la miraron sorprendidos.

—Mi madre me ha llevado a la ciudad, a la compañía eléctrica y a la de aguas.

—¿A la compañía eléctrica y a la de aguas? —repitió Tomás sin comprender.

—Pregunté cuánto costaría volver a dar de alta la electricidad y el agua. Puedo pagarlo con mis ahorros. Lo he dado de alta a mi nombre. Me han dicho que puede tardar unos días, pero tendréis electricidad y agua hasta que… hasta que sepamos qué es lo que pasa.

Tomás le dirigió una mirada feroz.

—No queremos caridad, Sara.

—En realidad, no lo es. Es un chantaje.

—¿Un chantaje? —inquirió Irene.

—Quiero quedarme aquí. Si mi padre no quiere cederle a Amelia La

Casa de los Principios, es posible que sí lo haga si soy yo la que se la compra. Podría vender mi casa para conseguir ese dinero. No sé si voy a poder volver a escribir, pero hace mucho tiempo que no me siento tan bien como me he sentido esta semana. Mi madre me ha prometido que me ayudará a encontrar trabajo en el pueblo.

—¿Vamos a volver a bañarnos con agua caliente? —interrumpió la vocecilla de Irene.

—¿Quieres quedarte? —Tomás le apretó una mano.

—No sé si estoy haciendo una locura, pero…

—¿Y puedes permitirte ese gasto?

—Lo cierto es que es mucho más barato vivir aquí que en la ciudad. Y mi madre me ha asegurado que encontraré trabajo. Creo que con el dinero de mi casa no tendréis que vender los campos.

Tomás se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla.

—Gracias, Sara —susurró.

Sin pensarlo, los brazos de ella rodearon su cuello y sus labios se unieron. Tomás respondió a su beso prolongadamente, con dulzura. Sara sintió el escozor repentino de las lágrimas, pero esta vez eran de alegría.

—¡Amelia, tu magia ha surtido efecto! —gritó Irene.

Sara se liberó del abrazo de Tomás, ruborizada. En el dintel de la puerta, Amelia los miraba divertida. En la mano llevaba un ramo de pequeñas flores amarillas.

—Ya lo veo —dijo.

—¡Y vamos a tener agua y electricidad!

Amelia sonrió y sus ojos se humedecieron.

—Muchas gracias, Sara. Por lo menos hasta que nos vayamos de aquí, podremos volver a disfrutar del lujo de la luz y del agua. —Cogió un jarrón de debajo de la encimera y puso las flores en agua—. ¿Sabe ya tu padre algo del testamento?

Sara sintió un familiar apretón de inquietud en la boca del estómago.

—No lo sé. Llevo días sin hablar con él. Cuando está enfadado, es mejor dejar que las cosas se calmen. Pero mi madre va a intentarlo mañana.

—Veo que has recogido hierba de San Juan —apuntó Tomás.

—Es para expulsar a los espíritus malignos —repuso Amelia.

—¿Tenemos espíritus malignos? —bromeó Sara.

Amelia no sonrió.

—Nunca se tienen suficientes precauciones —dijo.

17

Amelia estaba sentada en su mecedora habitual del porche, meciéndose con los ojos cerrados. Los abrió cuando oyó aproximarse a Sara.

—Tenemos agua —le anunció con una sonrisa—. Y me ha dicho el técnico que mañana tendremos también electricidad.

—Habrá tortas para usar la bañera de agua caliente —rio Sara.

—Nos hemos acostumbrado al lago, pero supongo que sí.

—El honor del primer baño será tuyo, Amelia.

Ella inclinó con gracia la cabeza.

—De algo tenían que servir las canas.

Tomás salió de la casa con unas cañas de pescar y un bolso en bandolera.

—Voy a ver si consigo unas truchas para cenar hoy —dijo—. Hay que celebrar que volvemos a ser civilizados.

—Aunque volvamos a tener agua, limpia las truchas en el lago.

—Amelia…

—Que no, que la cocina se queda apestando a pescado durante dos días. Límpialas fuera, Tomás.

Él se encogió de hombros y se dirigió al lago no sin antes guiñarle un ojo a Sara, que ignoró un revoloteo del estómago.

—¿Ha hablado Eva con tu padre? —preguntó Amelia, consciente de que Sara venía de visitar a su madre.

—No. No ha conseguido localizarlo. Pero le ha dejado un mensaje en el contestador del teléfono para que la llame lo antes posible.

Se dio cuenta de que Amelia la estudiaba con mirada apreciativa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—La Casa de los Principios te sienta bien. Tienes las mejillas sonrosadas y no te pareces en nada a la joven pálida que llegó aquí hace una semana. Estoy contenta de que quieras quedarte.

—He cambiado. Yo también lo noto —respondió Sara—. Me siento… más tranquila. Pero en algún momento, de todas formas, tendré que regresar a la ciudad para recoger mis cosas y poner la casa en venta.

—¿Cuándo piensas hacer eso?

—No lo sé. Primero quiero ver qué dice mi padre.

Las dos se volvieron al sonido de un elegante coche azul que entraba por el baqueteado camino de La Casa de los Principios.

—¿Quién será? —se preguntó Amelia.

—Dios mío —balbuceó Sara—. Es mi padre. Otra vez.

—Si yo tenía razón ayer en recoger hierba de San Juan…

—No es tan malo, Amelia, de verdad.

Su padre bajó del automóvil. Esta vez era el suyo. Parecía totalmente desconcertado.

—¿Sara? —preguntó, como si no estuviera seguro de que aquella era su hija.

—Hola, papá.

Los ojos de su progenitor se abrieron como platos mientras contemplaba a alguien que se acercaba por el camino.

—¿Eva?

—Hola, Daniel —dijo ella.

—¿Qué haces aquí?

Eva se acercó y lo estudió sin hacer caso a la estupefacción con que la miraba Daniel Flavín. Le cogió una mano y le dio la vuelta para tomarle el pulso.

—Sara —llamó—, ven. Ayúdame. Está muy taquicárdico.

—¿Qué te ha pasado, papá?

—Lo… lo más extraordinario. No… no sé qué hago aquí. Me he subido al coche y he conducido sin rumbo.

Alarmada ahora, Sara preguntó:

—Pero… ¿qué ha pasado?

—Me han echado.

—¿De la empresa?

—Estoy despedido. Y tú también, por cierto.

—¿Despedido? Pero… ¿por qué?

La voz de Sara sonaba muy aguda. Se preguntó si habría sido ella la culpable.

—Porque se van a fusionar con otra empresa y no necesitan dos gerentes. —Se pasó la mano por el pelo—. No me quieren. Después de todo lo que he trabajado por ellos. Una indemnización y a la calle.

Eva enlazó los dedos con los de Daniel.

—Puedes caminar, ¿verdad, Daniel?

—Claro que puedo.

—Solo Dios sabe cómo has llegado hasta aquí en ese estado de *shock* —musitó Eva, pero luego elevó el tono—. Entonces, ven conmigo. Voy a prepararte una infusión sedante.

—¿Te ayudo? —se ofreció Sara.

—No, creo que esto puedo solucionarlo sola. No vas a llorar, ¿verdad, Daniel?

—¿Por quién me has tomado?

Eva le dirigió a Sara una mirada pícara.

—Veo que se está recuperando —dijo.

Los dos se fueron por el camino. Eva, con la mano en la cintura de Daniel. «Así funciona el amor a veces», pensó Sara. Llenaba cada grieta de tu organismo y de repente, un día te levantabas y se había ido. ¿Se seguirían queriendo sus padres? Mientras los veía desaparecer, se preguntó en qué momento habría perdido ella el amor de Eduardo, si fue por algo en concreto o un goteo lento de momentos rutinarios hasta el final. Intentó recordar lo que sentía al inicio de la relación, pero no pudo.

—Los poderosos también caen —sentenció Irene a sus espaldas.

No había escuchado llegar a la niña.

—Estoy algo aturdida —dijo Sara—. Nunca pensé en que algo así pudiera sucederle a él. Parece tan vulnerable…, como si no fuera Daniel Flavín.

—Espero que te hayas dado cuenta —la voz de Amelia la sacó de su ensimismamiento— de que no tenía ni idea de que Eva estaba aquí. Ha venido por ti, Sara.

Ella sintió un calorcillo en el corazón.

—Es verdad. Lo ha hecho. Me siento… Me siento más…, no sé, más ligera pensando eso.

Amelia la contempló con una expresión jocosa.

—Ha desaparecido el resentimiento que sentías hacia tu padre.

—Creo que sí, que estaba resentida. —Sara hizo una mueca de desagrado—. Cielos, me siento fatal por decirlo.

—La verdad nunca tiene por qué avergonzarnos. —Irene se sentó en las escaleras del porche—. La Señora de los Principios lo decía siempre.

—Mi abuela era una mujer muy sabia.

—Mucho —susurró Amelia.

Las tres permanecieron en silencio contemplando el camino por el que había desaparecido Daniel Flavín, pero era un silencio agradable y cómodo. Sara pensó en lo extraño que era sentirse tan a gusto con gente que ocho días antes ni siquiera conocía y que La Casa de los Principios los hubiera juntado allí a los tres —a su padre, a su madre y a ella—, como si fuera un imán de comienzos, cuando llevaban sin estar juntos tanto tiempo.

—Esto debe haber sido un trauma para él —repuso—. Seguro que tiene suficiente dinero para retirarse, pero es demasiado joven.

—Ya aprenderá a buscar el camino. Tu madre lo ayudará —apuntó Amelia—. Ella también ha aprendido a ser sabia y a valorar.

18

Sara había dejado a Amelia haciendo la comida y a Irene, en el huerto recogiendo verdura. Cuando se prestó a ayudar, las dos declinaron la oferta.

—Vete a dar un paseo —sugirió Amelia, deshaciéndose de ella con un gesto de la mano.

Así que echó a andar por el sendero que descendía al lago. Bajo los deslumbrantes rayos del sol, vio a lo lejos la barca de Tomás pintada de color verde recortándose contra el azul del cielo. El agua se agitaba suavemente por la brisa, que expandía por todas partes el olor a humedad. Sara se sentó en la orilla. Hacia el oeste, más allá de la línea del horizonte, las nubes empezaban a teñirse de nacarado. Pensó en su abuela, que había encontrado en aquel lugar perdido la felicidad. Su presencia perduraba como si siguiera allí.

No se dio cuenta de que tenía una piedra en la mano hasta que esta salió volando hacia el agua trazando una curva perfecta. Alguien le había dicho alguna vez que los problemas había que sacarlos afuera. «Rompe cosas —le decía su psicóloga—. Tira todo aquello que te recuerde a él. Haz limpieza interior». Ahora no tenía las cosas que le unían a su vida anterior con Eduardo, pero tenía piedras con las que desahogarse. «Toma —pensó—. Y esta, y esta, y esta». Con cada lanzamiento, parecía como si el agua lavara el veneno que llevaba dentro desde hacía meses. «Esta por engañarme. Esta por destrozar mi autoestima. Esta por creer que era tan idiota como para no darme cuenta». Al decirlo, fue consciente de que ya lo sabía. Lo sabía antes. La infidelidad no había sido una sorpresa. En el fondo lo sospechaba, lo había visto en miles de pequeños detalles que habían cambiado, pero no quería creerlo. Minutos después, le dolían las manos y los brazos, pero se sentía muy ligera.

Hasta ese momento, no había comprendido lo enfadada que estaba. No era consciente de lo profundas que habían sido las raíces de su ira hasta que no empezó a tirar piedras. Ahora esa ira se había deshecho.

Irene la encontró un rato después con la mirada perdida en el paisaje. Sara volvió lentamente la cabeza y la estudió con aire

soñador, como si no la reconociera.

—¿Qué haces? —le preguntó la niña—. ¿Piensas o admiras la vista?

—Las dos cosas.

—¿Y en qué pensabas? —Irene se sentó a su lado.

—Me estaba preguntando cómo es posible que la vida cambie tanto en tan poco tiempo.

El suave zumbido de un motor empezó a acercarse. La pequeña embarcación de Tomás surcaba el lago en medio de un vaporoso encaje de espuma blanca que golpeaba el casco para luego alcanzar —en un arcoíris efímero y borroso— de nuevo el agua.

El sonido silenció por un momento los pensamientos de Sara. Fue consciente de que, por cada momento feliz que había pasado en La Casa de los Principios, le esperaba resolver algo de oscuridad que estaría esperándola a la vuelta.

—Hace un par de días que ya no tienes pesadillas —apuntó Irene.

—Hummm. —Sara no quiso comprometerse con más.

—Los franceses las llaman *cauchemar*. Quiere decir «diablo de la noche». Es una palabra bonita.

Sara rio.

—Son listos estos franceses.

—¿Has vuelto a escribir?

—No, no lo he hecho.

—Escribir es para ti como si tuvieras una herida abierta. Todos lo vemos. Amelia dice que va a intentar solucionarlo.

—¿Cómo va a intentar solucionarlo? —preguntó Sara, alarmada.

Pero Irene ya no le hacía caso. Tomás había aproximado la barquita a la orilla y la niña se acercaba corriendo a ver la pesca. Los dos la observaron un momento e intercambiaron una mirada cómplice. Parecían compartir una especie de conexión extraterrestre que les permitía entenderse sin palabras. Sara se levantó y se acercó a ellos. Al hacerlo, se dio cuenta del nombre de la barca.

—¿Se llama María, la bruja? —preguntó.

—Es por tu abuela.

—¿Y ella llegó a saber que se llamaba así?

—Sí. —Tomás sonrió, pero no añadió nada más. Subió a bordo de la lancha y le tendió una mano—. Ven.

Irene, como un monito, ya había saltado dentro y se había acomodado en la borda. Sara se sentó a su lado algo insegura. Tomás puso el motor en marcha y volvió a adentrarse en el lago. La brisa ahora era fría y limpia.

—¿Dónde vamos?

—No seas impaciente —la regañó Tomás—. Espera.

El sonido del motor tenía algo de tranquilizador, como si fuera el ronroneo de un gato. Sara estudió a Tomás, estaba en su elemento y

manejaba la lanchita con confianza. La brisa jugueteaba con su pelo y con su camisa. Al cabo de unos veinte minutos, se encontraron al otro lado del lago en una zona de boyas de colores por la que Tomás navegaba experto, como si lo hiciera por un laberinto que había recorrido muchas veces.

—¿Dónde estamos? —preguntó Sara.

—En el embarcadero del pueblo.

—¿Y qué estamos haciendo aquí?

Tomás buscó los ojos de Sara con una sonrisa. Parecía un poco avergonzado.

—Hoy hay mercado. Como he pescado truchas, pensé que podríamos comprar unas patatas para acompañarlas y que te gustaría ver los puestos.

Aseguró la barca en un pequeño muelle y le tendió la mano a Irene y luego a Sara para desembarcar. Cuando la tuvo a su lado, le dio un beso en la frente. Y, cuando notó sus labios cálidos, Sara supo que se estaba engañando. Se había dicho a sí misma que no estaba preparada para ninguna relación. Y era mentira. Le había bastado que él se acercara a darle un casto beso en la frente para desear abrazarlo.

—Te has puesto colorada —se rio Irene.

Ella no respondió. Del brazo de Tomás sintió una burbuja de felicidad, una sensación extraña e incontenible de dicha, mientras los tres se dirigían al mercado.

19

No sabía nada de sus padres desde que la mañana anterior habían desaparecido por el sendero de la casita donde vivía Eva. Y Sara ya no podía contener su curiosidad. Su padre no había regresado a la ciudad porque el coche seguía aparcado en el acceso a La Casa de los Principios. Pero no ponía la mano en el fuego porque no hubieran discutido. Recordaba las peleas que la aterrorizaban cuando era niña: su madre, gritando; su padre, frío como el témpano, mirándola mientras se desgañitaba, como si la odiase.

Así que, aprovechando que el resto de los habitantes de la casa todavía dormían, untó una rebanada de pan con mermelada de naranja y caminó, masticando, hacia la casita de su madre.

—Entra, la puerta está abierta —contestó la voz de Eva cuando tocó.

Sus padres estaban sentados en la cocina, con una cafetera y una cesta de pan entre ellos. La mesa estaba cubierta de un montón de hojas de papel que su padre estudiaba con sus gafas de cerca puestas.

—Siéntate, Sara. ¿Quieres un café?

—Hola, hija —dijo Daniel, levantando la cara hacia ella—. Coge tu café y ven, a ver si podemos aclararnos con esto.

Sara se sentó con la taza caliente en las manos.

—Te ves mucho mejor, papá —dijo.

—Sí. —Su padre esbozó una sonrisa radiante—. A veces, cuando se cierra una puerta, se abre una ventana.

Ella enarcó las cejas, intrigada. No había visto a su padre así de optimista desde… desde nunca. Dio un trago al café de la taza e hizo un gesto que abarcaba los papeles de la mesa.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

Sus padres se miraron. Parecían unos adolescentes nerviosos a los que habían pillado en la cama. Daniel Flavín aferró la mano de Eva y le dio un pequeño apretón antes de responder.

—Desde ayer, tu madre y yo hemos estado… hablando.

Sara tuvo la sospecha de que «hablar» no había sido lo único que habían estado haciendo, pero no permitió que su mente fuera por ese camino.

—Vamos a volver a vivir juntos —apuntó Eva.

—¿De verdad?

—Sí —terció su padre—. Puede que parezca una cosa repentina, pero hablamos en serio. Queremos que te alegres por nosotros.

Sara volvió a sorber. Y el café le supo amargo. ¿Por qué no se habían reconciliado cuando ella los necesitaba a ambos? Su madre le puso la mano en el hombro y, como si le leyera la mente, dijo:

—Lo sé. No es justo que no hayamos estado ahí cuando eras pequeña y lo estemos ahora, pero, como decía tu abuela, «no puedes hacer que el amor corra, llega cuando tiene que llegar».

—Tu madre y yo no hemos dejado de querernos a pesar de los problemas y de los años. Así que vamos a intentarlo, a ver qué pasa. ¿Te parece bien?

Sara dejó la taza con un gesto nervioso sobre la mesa.

—¿Importa lo que me parezca?

—Por supuesto —contestó Eva.

—Haremos lo que queramos, pero nos gustaría que te hiciera feliz.

—Está bien.

—¿Pero? —preguntó su madre.

—¿Cómo sé que esto va a funcionar esta vez?

—No lo sabes —admitió su padre—. Nosotros tampoco. Nunca puedes tener la certeza de que algo va a salir bien. Pero te prometo que estamos decididos a hacer que funcione.

—Tendrás que tener confianza —le aseguró Eva.

—Recuerdo las discusiones… —murmuró Sara.

—Lo siento mucho —dijo su madre.

—Sí, ya somos dos las que lo sentimos.

—Bueno —apuntó Daniel alegremente—, seguro que discutimos alguna vez de todos modos. ¿Quién no lo hace? Pero ya no serán tan amargas.

—No lo entiendo, papá —rezongó Sara.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Este cambio tan repentino. Siempre has estado…, perdona que te lo diga, amargado. Te llevabas a matar con tu madre… y ahora… ¿todo es arcoíris y unicornios?

Daniel suspiró y se pasó una mano por el cabello.

—Tienes razón —dijo—. No sé cómo explicártelo, pero lo intentaré.

Echó una mirada de reojo a su madre, que sonrió animándolo a continuar.

—Podría decir que, desde que tu madre y yo nos separamos, he vivido odiando el amor. Todo tipo de amor, incluido el de tu abuela. No podía soportar ver a una pareja feliz. Ni siquiera a una infeliz. Eduardo y tú…

—¿Qué pasaba con nosotros?

—Yo lo sabía, Sara. Lo vi con ella. Sabía lo que Eduardo estaba haciendo pero no cómo pararlo. Lo llamé, lo amenacé con contártelo todo. Tuvo el accidente mientras discutía por teléfono conmigo.

Sara se llevó una mano a la boca, donde permaneció posada como un pájaro a punto de emprender el vuelo.

—No quería que terminara así, créeme. Lo siento muchísimo —prosiguió su padre—. Y luego… verte tan perdida por alguien que no te merecía me enfadaba. Creo… creo que no he sido el padre más paciente del mundo.

Su voz tenía un tono triste y resignado.

—No —dijo ella con una sonrisa—. No lo has sido.

—Perdóname, hija.

Hubo un momento de silencio, lleno de tensión. Sara comprendía ahora mejor la actitud de su padre. Era una de las cosas que había aprendido de la psicóloga, que la gente utiliza el desdén y la ira como escudo para ocultar su tristeza.

—Me alegro de que me lo hayas contado —dijo.

—Yo también me alegro.

Se levantó y le dio a su hija un abrazo rígido, que poco a poco fue haciéndose más cálido.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Sara, separándose. Le escocía la garganta por las lágrimas contenidas. Abarcó con un gesto los papeles que había sobre la mesa. Era mejor cambiar de tema.

—Posibilidades —respondió Daniel.

—¿Posibilidades?

—Tu padre ha pensado dejarle a Amelia la propiedad de La Casa de los Principios —explicó Eva.

—¡Oh, papá! ¡Es genial!

—Es un usufructo —apuntó él—. La casa tiene que pasar por herencia a ti. Y esto son cuentas para la bodega de Tomás.

—¿La bodega de Tomás?

—Daniel ha pensado que, si el sueño de Tomás es tener una bodega, no le vendrá mal un socio inversor que además sepa de distribución y logística.

—¿Vas a trabajar con Tomás?

—Vamos a ver qué le parece a él —terció su madre.

Su padre carraspeó.

—También estábamos viendo la posibilidad de hacer un viaje juntos. Nunca pudimos ir a París.

—París es siempre una buena idea —susurró Eva.

—Os casasteis muy jóvenes.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —rezongó su padre.

Pero Sara se dio cuenta de que no lo decía en serio, que lanzaba

una mirada cómplice a su madre. Parecía distinto, más joven, nunca había visto a su padre tan relajado y… feliz. Se levantó.

—Creo que voy a dejar que conspiréis a solas —dijo.

Se volvió al llegar a la puerta para decir adiós, pero ellos ya no la escucharon, centrados cada uno en el otro. A pesar de ser ignorada, Sara regresó por el sendero de La Casa de los Principios con una amplia sonrisa en el rostro.

20

—¿A dónde has ido tan temprano? —preguntó Tomás.

A Sara se le paró el corazón al verlo apoyado en la fuente, justo en el mismo sitio donde lo había visto la primera vez. Se pasó nerviosa la mano por el cabello. Esperaba que la humedad de la mañana no hubiera desatado demasiado el encrespamiento de su pelo y que sus ojeras no se notaran tampoco mucho. Él la miró de arriba abajo y sonrió.

—Mira que eres bonita —dijo.

Sara dio un paso hacia él y puso dos dedos sobre sus labios, esos labios que se moría por besar. Se sentía vulnerable y algo asustada, pero llena de esperanza.

—Calla, loco —susurró. Le cogió el rostro entre las manos y le dio un sonoro beso en la boca.

—Esto es un beso como amigos, supongo.

—Estrictamente como amigos, por supuesto.

Él tiró de ella y la abrazó con fuerza mientras la besaba de nuevo. No la había besado antes de esa forma, con impaciencia, como si el día fuera a acabarse. Sara tembló de la sorpresa y su corazón empezó a latir enloquecido. Las manos de Tomás recorrieron su cuerpo con lentitud y suavidad. Los ojos de ella se llenaron de lágrimas por ser acariciada con ternura de nuevo, por volver a sentirse viva.

—¿Por qué lloras?

—¿Sabes lo fácil que sería para mí olvidarme del mundo y quedarme aquí contigo?

—¿No es lo que ibas a hacer? Pensaba que querías quedarte.

—Y quiero. Pero a veces pienso que no sería justo.

—¿Por qué?

—Tú tienes tus sueños y yo tengo que encontrar mi camino sola. Además, he estado hablando con mis padres y creo que no necesitáis que yo venda la casa por ahora. No me necesitáis.

—No quiero que te quedes por eso. El dinero no tiene nada que ver.

Le apretó una mano a Sara. Ella se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza en su hombro mientras sus brazos la rodeaban.

—Me gusta esto. Me gusta este sitio y me gustas tú. Solo quiero que todo siga como esta última semana.

—Pero con agua caliente y electricidad.

Sara ahogó una risa. Qué guapo era. Y divertido. E inteligente. Era un hombre lleno de recovecos que se moría por explorar.

—Pero con agua caliente, electricidad e internet será posible —contestó—. Necesito internet para poder trabajar.

Tomás echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada feliz.

—¿Vas a volver a escribir?

Sara sentía que las palabras volvían a ella como una cascada. Con una oleada de emoción, se dio cuenta de que, si se sentaba a escribir, sería capaz de hacerlo, que los dedos le ardían por apretar las teclas.

—Voy a intentarlo.

Los brazos masculinos le rodearon la cintura y sus labios se posaron suaves sobre los de Sara. «Aquí es donde debo estar —pensó ella—. Este es mi sitio».

Ninguno de los dos fue consciente de que la mecedora del porche que siempre había usado la abuela María —la señora de los principios — empezaba a balancearse, a pesar de que no soplara ni una gota de brisa.

FIN

Agradecimientos

La Casa de los Principios no era la novela que debería haber escrito este año. Se suponía que, a principios de 2021, vería la luz *Planeta Caro*, la segunda parte de la comedia romántica juvenil *Proyecto Bruno*. Pero el 2019 y el 2020 fueron años terribles para mí a nivel personal y necesitaba escribir una historia de nuevos principios, de cerrar capítulos y de curar heridas.

En Japón, cuando un objeto de cerámica se rompe, hay una técnica para repararlo llamada *kintsugi*. Los trozos de cerámica son unidos de nuevo con pegamento y polvo de oro. En lugar de intentar ocultar las cicatrices, estas se celebran así, como una prueba de que, aunque la vida nos destroce, siempre podremos juntar los pedazos y recuperarnos. Como decía Hemingway: «El mundo nos rompe a todos. Y luego algunos se hacen más fuertes en las partes rotas».

La Casa de los Principios es mi particular forma de hacer *kintsugi*. De juntar los pedazos y convertirlos en una cicatriz hermosa. Una prueba de que todos somos frágiles e imperfectos, pero también podemos ser resilientes. Y, aunque mi historia no tenga nada que ver con la de Sara, escribir sobre reinicios me ayuda a resetearme a mí misma.

Si has llegado a esta página con una sonrisa, he conseguido mi propósito.

Pero no lo he hecho sola. A mi lado, han estado las siempre acertadas lectoras cero (Isabel Duque (@janejubilada), Marian Méndez y Mari (@BiblioLisbeth) y mi maravillosa correctora Paola C. Álvarez (@paolac.alvarez). La imagen de la portada ha salido de las artísticas manos de Eva de José (@lluvia_de_acuarelas). Y, sobre todo, has estado tú, el lector que ha decidido regalarme su tiempo para acompañar a Sara en ese periplo por encontrar de nuevo el punto de partida.

Como dicen los personajes, «todo principio es un final». Y este es el final de esta novela corta, pero el principio de la siguiente. Si te ha gustado, y quieres seguirme (o escribirme un correo) puedes hacerlo en www.anagonzalezduque.com. También te agradezco que la recomiendes en redes, en Amazon, en Goodreads y en el grupo de WhatsApp que te tiene frito a mensajes. Me ayudas de esta manera a

llegar a más gente y a escribir más historias.

Mil gracias por estar.

Tenerife, a 22 de enero de 2021

Ana